



Casa abierta al tiempo  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

---

---

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITA  
UNIDAD XOCHIMILCO**

**División de Ciencias Sociales y Humanidades**

**LA DEMAGOGIA POPULISTA. UN PELIGRO PARA LA  
DEMOCRACIA MODERNA**

**T R A B A J O T E R M I N A L  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN POLÍTICA Y GESTIÓN SOCIAL**

**P R E E N T A:**

**NAVA ALVARADO JOSUÉ TONATHIU**

Asesor

Prof. Joel Flores Rentería

## **Estructura capitular**

Introducción: Un fantasma recorre el mundo, el fantasma del populismo

- I. Qué es el populismo
- II. Una tipología de los populistas
- III. La democracia en vilo: los casos de López Obrador y Donald Trump

Conclusión: Resistir a las tentaciones demagógicas

## **Introducción: Un fantasma recorre el mundo, el fantasma del populismo**

Para hablar del fantasma del populismo, primero habría que describir brevemente de que va este fantasma. Podemos decir que el populismo (más adelante se tocará el tema con profundidad) es la doctrina sobre el pueblo, que en la antigüedad se conoció como demagogia y que fue practicada por aquellos personajes que tenían dotes en la oratoria y se presentaban como los defensores y líderes del pueblo. Después con el auge de la sociedad de masas, estos personajes alcanzarían un poder inconcebible llegando a tener miles de seguidores. En ambos casos los demagogos serían una amenaza muy fuerte para la democracia pues apoyarían la demolición institucional y una visión extrema y retorcida de la voluntad popular.

Este fantasma del populismo recorre el mundo acompañando a demagogos de todos los países que han aprovechado el poder de su carisma y oratoria para construir un sujeto popular. El pueblo, la unidad de grupo que ellos encabezan y que han ideado, es el asunto más sagrado de su causa. Pues requieren de este pueblo como medio para alcanzar sus fines, edificando una fuerza identitaria. Por ello, desde sus orígenes, el populismo será la concreción del pueblo como garante de felicidad. En su proclamas, los populistas tratarán de dar salida a las insatisfacciones populares prometiendo un cambio radical. En su imaginario, los populistas preferirán la supervivencia del pueblo antes que la democracia. Esta solo será un simple artefacto que utilizaran para tomar el poder.

El siglo XXI ha sido testigo del auge de estas figuras controvertidas, que por medio de artilugios, se han apropiado del espectro político en varias de las democracias más consolidadas del planeta. Estas figuras se han alzado como líderes providenciales que aglutinan un amplio número de seguidores, han colocado a sus movimientos dentro del sistema político para competir por puestos de representación. Quizá a gran parte de la población le tenga sin cuidado este asunto, sin embargo, para los estudiosos del tema esto se puede anunciar como la irrupción del populismo en escena.

La mayoría de estos movimientos populistas han germinado dentro de los sistemas democráticos de gobierno apostando por regímenes que exalten la xenofobia (Sentimiento de odio, repugnancia y hostilidad hacia lo extranjero), el pensamiento irracional (en éste pesan más los sentimientos que la razón, actuando de manera impulsiva), el sentido de identidad (suplen al individuo por la figura de un único “pueblo” que represente a las personas), la demagogia como forma de gobierno y la preservación de los valores tradicionales de la sociedad por más perjudiciales que sean.

En España tenemos el caso de Vox, partido de extrema derecha de reciente creación (2013), que se ha posicionado como una de las fuerzas políticas más importantes. Este partido se ha vuelto tristemente célebre por un discurso nacionalista; por ejemplo, en su lógica se ha mostrado en contra de que el catalán, el gallego o el vasco sean lenguas de uso corriente, pues, pone en peligro la supervivencia del idioma español, una lengua que es la cuarta más hablada del mundo y una de las más extendidas en el planeta. También ha sido muy firme en su discurso contra la migración, principalmente la proveniente de naciones con mayorías musulmanas. En 2019, su líder Santiago Abascal, pidió en un debate terminar con la sanidad universal para los inmigrantes. Por otro lado, ha mostrado su rechazo a la interrupción legal del embarazo. Dentro de sus iniciativas en el congreso, han presentado una para “considerar el nasciturus (no nacido) como miembros de la unidad familiar para el cómputo en las solicitudes de plaza escolar” (Expansión, 2021).

En Francia Marien Le Pen encabeza un movimiento político (Agrupación Nacional) que tiene como objetivo “la renovación de Francia y de Europa (...) el liderazgo de las fuerzas europeas llamadas a reformar una Unión Europea minada por las élites, el liberalismo salvaje, la inmigración sin fronteras” (Quiñonero, 2019). Le Pen se ha distinguido por su estridencia y por lanzar proclamas de extrema derecha.

Como lo observa Pablo Esparza, periodista del diario londinense BBC, el movimiento que encabeza Le Pen defiende la salida de Francia del espacio

Schengen -el área de libre movimiento de personas compuesta por 26 países europeos-, así como la expulsión automática de inmigrantes en situación irregular, la imposibilidad de regularizar a los que ya se encuentren en Francia y la reducción de la inmigración a 10.000 personas por año (BBC, 2017). Este movimiento también ha estrechado lazos de amistad con el partido español Vox y cuando Donald Trump salió vencedor para ocupar el cargo de presidente de los Estados Unidos en las elecciones de 2016, Le Pen no tardó en felicitarlo argumentando que una nueva época había llegado para aquel país.

Pero populismo no solo se ha quedado en movimientos políticos como la ocupación de cargos de representación a nivel medio. Grandes populistas han ocupado la silla presidencial o el máximo puesto en la administración pública como por ejemplo el ya mencionado Donald Trump que en 2016 y pese a las encuestas que apuntaban una derrota segura, juró como el 45° presidente de los Estados Unidos de América. Un magnate con declaraciones desafortunadas como esta “Cuando México nos manda gente, no nos mandan a los mejores. Nos mandan gente con un montón de problemas, que nos traen drogas, crimen, violadores” (BBC, 2016)<sup>1</sup> y una personalidad pintoresca estaba al frente de una de las potencias más importantes del mundo. Otro ejemplo lo tenemos en México cuando en 2018 el populismo se concretó al declararse ganador de la elección presidencial a López Obrador. Si bien, en campaña López Obrador logró ocultar algunos rasgos característicos del populismo, lo que siempre lo definió fue que se veía asimismo como una figura mesiánica, como lo definió un intelectual mexicano que advirtió sobre su personalidad era un “mesías tropical” (Krauze, 2006) que acabaría con los males de la nación una vez asumiendo el puesto de presidente. Una vez en la silla, el gobierno de López Obrador comenzó a lanzar señales de su forma populista de gobernar.

Sin duda existen otros casos los cuales se mostrarán más adelante (Hugo Chávez, Daniel Ortega, Nayib Bukele por ejemplo), así pues, el trabajo que se

---

<sup>1</sup>Discurso proclamado por Trump el 16 de junio de 2015 en el lanzamiento de su candidatura para las primarias del Partido Republicano

presenta a continuación tiene como finalidad entender que es el populismo, cómo interactúa políticamente y cuáles son sus características más importantes así como el peligro que representa para las democracias modernas y lo que ocasiona una dirigencia populista.

Ahora bien, dicho trabajo se ha estructurado en tres capítulos: el primero trata de analizar lo que significa el populismo en su sentido original y lo que determina esta doctrina y como a lo largo del tiempo ha sido imprescindible para líderes que buscan llegar al poder para llevar a cabo sus proyectos políticos; en el segundo capítulo se estudian los diferentes tipos de populistas y con base en la teoría weberiana de la dominación carismática se establecerá una condición general del líder populista para dar paso al análisis de al menos tres tipologías que se pueden observar en los líderes populistas: iluminados, paranoicos y farsantes<sup>2</sup>; finalmente en el capítulo tres mostraremos como el populismo ha puesto en jaque a las democracias modernas y por medio de dos estudios de caso: el gobierno de López Obrador en México y la administración de Donald Trump en Estados Unidos, observaremos a detalle el daño que pueden ocasionar un populista iluminado como López Obrador y un populista farsante como Trump a la democracia y sus instituciones.

Finalmente quiero agradecer a los que han hecho posible este trabajo: primero que nada quiero agradecer a mi asesor Joel Flores Rentería quien es un especialista en el tema y que gracias a sus observaciones pudo consolidar este análisis y a mi familia en general, por inculcarme el interés por la política, sin esas anécdotas contadas y experiencias a lo largo de mi vida no estaría en el último peldaño de la carrera.

---

<sup>2</sup> Construí la tipología a partir de ciertas características que observe en distintos líderes populistas y también de seminarios que tome en la carrera con distintos profesores como Jorge Javier Romero.

## I. Qué es el populismo

Contestar a la pregunta qué es el populismo no es un asunto fácil, menos si se toma en cuenta que el populismo no es un fenómeno esporádico sino más bien una práctica política que tiene sus raíces en la antigua democracia ateniense y de manera especial en la demagogia.

Comencemos por precisar la concepción de la palabra “populismo”, que en su sentido etimológico denota a la vez una doctrina, escuela o movimiento desde lo colectivo y una actitud, desde lo individual. El populismo es entonces el movimiento orientado a favorecer al pueblo, en síntesis, una doctrina sobre el pueblo (Schelesinger, 2014).

Para Ernesto Laclau, filósofo y teórico político, y uno de los mayores conocedores en el tema, el populismo consiste en la postulación de una alternativa radical dentro del espacio comunitario. En este sentido, el populismo significa cuestionar el orden institucional mediante la construcción de un pueblo como agente histórico. El populismo -nos dice Laclau- es la posibilidad de un *demos* ambiguo que es, por un lado, un sector dentro de la comunidad (los desposeídos) y, por el otro, un actor que se presenta a sí mismo, de modo antagónico, como la totalidad de la comunidad (Laclau, 2009: 69). Laclau señala que el pueblo, al operar en discursos populistas, nunca es un dato primario sino una construcción, el discurso populista no expresa simplemente un tipo de identidad popular originaria; él la constituye (Laclau, 2009: 70).

Laclau argumenta que solo hay populismo si existe un conjunto de prácticas político-discursivas que construyen un “sujeto popular” (Laclau, 2009: 65): “el populismo es la vía real para comprender algo relativo a la constitución ontológica de lo político como tal (...) una de las formas de constituir la propia unidad de grupo” (Laclau, 2013: 91-97). Como podemos observar, para Ernesto Laclau, el populismo se erige en base a la construcción de la identidad de un agente histórico que en este caso se denomina pueblo. Sin embargo, más allá de calificar al populismo como un tipo de movimiento o ideología es una lógica política con una racionalidad propia: la condensación social.

Para Chantal Delsol, intelectual francesa, los primeros brotes de lo que después se conocería como populismo se manifestarían en personas que pertenecían a grupos pequeños y veían el mundo a partir de su propia mirada, careciendo de objetividad y desconfiando de lo universal. No contaban con la capacidad para contemplar al cuerpo social desde una visión comunitaria anclando su pensamiento en lo unipersonal (Delsol, 2016: 12).

A diferencia de la democracia que se sostiene en la idea del “demos” como piedra angular y que responde a algo más grande llamado política que se entiende como la comunidad organizada o el gobierno que constituye el pueblo, aquellos que mostraban fascinación por la demagogia, la única motivación que los movía era los intereses personales y toda forma de universalidad la reducían a la comunidad privada, esta negación de lo universal será una característica definitiva de la demagogia y el populismo contemporáneo

Ya en las antiguas democracias, la élite reclamaba al pueblo y a veces incluso lo acusaba, a todo el pueblo entero o a una parte al menos, de faltar a lo universal, de estar demasiado pendientes de sus propias pasiones e intereses particulares en detrimento de lo común (Delsol, 2016: 13).

Delsol considera que aquellos que se encargaban de despertar estas pasiones particulares en los individuos en las antiguas democracias eran definidos como demagogos (dirigentes del pueblo) y su principal rasgo era la embriaguez de las multitudes a través de sus palabras “El adulador del pueblo opone el bienestar al bien, la facilidad a la realidad, el presente al porvenir, las emociones e intereses primarios a los intereses sociales” (2016: 13). La demagogia surgía cuando el dirigente del pueblo gobernaba por decreto y sin leyes fijas.

Si bien, en su sentido etimológico la palabra populismo denota una doctrina sobre el pueblo, el populismo ha tenido un proceso histórico, en el que se puede ubicar una coyuntura narrativa en su significado. Delsol destaca que en el siglo XX el populismo no tenía una connotación despectiva, por el contrario, definía a un grupo político concreto en países como los Estados Unidos o Rusia



La palabra tomó su acepción peyorativa a principios del siglo XXI. Entre los dos sentidos se produjo un cambio importante: el movimiento emancipador de la Ilustración perdió en gran parte el apoyo popular. Y esa pérdida se vio como una traición. Lenin ya había sufrido una decepción de este tipo, al darse cuenta de que el pueblo ruso quería algo distinto a hacer la revolución, cosa que le condujo a utilizar el terror (Delsol, 2016: 13).

Aunque existió esa época en que la acepción del populismo paso como una tendencia loable que aprovecharon los demagogos para llevar a cabo sus intenciones políticas, el término, en su dimensión clásica siguió conservando su sustancia original y ante la nueva ola de líderes populistas contribuye a crear una descripción concisa de la mentalidad populista “El particularismo era en los antiguos una insuficiencia cultural; ahora se ha convertido en un cuestionamiento ideológico (Delsol, 2016: 13).

Ahora bien, Delsol hace un acercamiento histórico de la demagogia rastreando sus orígenes en la época griega. Según Delsol los primeros demagogos fueron los numerosos tiranos que se hicieron con el poder en las ciudades griegas entre los siglos VI y V antes de nuestra era (Delsol, 2016: 17).

Los tiranos griegos mantenían con las masas una complicidad apasionada y venenosa. Las masas eran las que lo llevaban al poder, mientras ellas aplaudían el tirano las halagaba. En esa época, las ciudades estaban gobernadas por las poderosas oligarquías las cuales habían renegado a las poblaciones rurales, no era de sorprenderse la aparición de personajes con un grado de atracción que se aprovecharan de la desdicha de la población para jurar un futuro mejor: “No es de extrañar, por tanto, que se diera el caso de que algunos aventureros, en general buenos oradores, arengasen a las multitudes y les prometieran mejorar su suerte” (2016: 17).

Entre los primeros tiranos puede mencionarse a Giges de Lidia, Ortágoras de Sicilia, Cípselo de Corinto y Denis de Siracusa. Aquellos hombres se aprovecharon de las crisis alimenticias y los peligros que podían surgir del exterior para justificar sus arbitrariedades, según Delsol, citando a Aristóteles, el tirano

salía del pueblo y juraba protegerlo en contra de los nobles para que no sufriera más ningún yugo de la opresión. Ese juramento de lealtad al pueblo en contra de la nobleza fue el manejo de la demagogia (Delsol, 2016: 18).

Para sollozo del pueblo, los tiranos, al conquistar el poder y suprimir a las élites, gobernaban en contra de las multitudes. La justicia y los sueños de prosperidad habían sido mero engaño (Delsol, 2016: 18). La historia no cambio ni lo más mínimo cada vez que aparecía un demagogo en escena que bajo el manejo maestro del discurso, conquistaba a las masas, a los que en primer lugar, les planteaba resolver sus necesidades elementales para después dar paso a la implantación del paraíso en la tierra “Lo propio del demagogo es complacer en el instante, pretendiendo que todo es fácil y que se puede obtener cualquier cosa, y disimulando las dificultades y los esfuerzos esenciales” (Delsol, 2016: 25).

Tanto los demagogos clásicos como los populistas contemporáneos (de los que hablaremos más adelante) sitúan al pueblo como la causa sagrada de su supuesta lucha. El populismo sin pueblo es inexistente, puesto que, la entelequia populista en la que se interceptan estos líderes y sus propósitos requiere de un pueblo como medio para alcanzar estos fines, edificando una fuerza identitaria. Por eso, desde su origen, el populismo es la concreción del pueblo como un todo individualista que no entiende lo universal: el pueblo es primero. Como lo dice José Sebreli, sociólogo argentino “Aferrados a su propia fe, los populistas suelen presentar como modelo a los pueblos primitivos, cerrados sobre sí mismos, y donde la conciencia colectiva parece más real porque el individuo no ha podido desprenderse de la familia, de la tribu, del clan” (Letras libres, 2005).

Para Sebreli el populismo mantiene su originalidad al tener como pilares la rehabilitación de lo irracional, de los instintos inconscientes, de lo telúrico, de la tradición, de los prejuicios ancestrales que, por el mero hecho de estar arraigados en una sociedad, son supuestamente inmunes a la razón (Letras libres, 2005). La demagogia clásica y el populismo moderno mantienen esta diatriba para construir las bases de sus movimientos anclando en sus seguidores estos postulados

El populismo (...) es una forma de poder, no una ideología. Más precisamente, el populismo es el uso demagógico que un líder carismático hace de la legitimidad democrática para prometer la vuelta de un orden tradicional o el acceso a una utopía posible y, logrado el triunfo, consolidar un poder personal al margen de las leyes, las instituciones y las libertades (Krauze, 2018: 115).

Se puede decir, que más que una ideología, el populismo es una amañada manera de conseguir partidarios por medio de la exaltación del pueblo. Enrique Krauze, observa que lo que buscan los populistas es suprimir, en beneficio propio, la tensión entre aquel que dirige y la voluntad popular, y que no hay nada mejor para lograrlo que estableciendo vínculos directos con el pueblo, por encima, de las instituciones, las libertades y las leyes (Letras Libres, 2012).

Para Tzvetan Todorov, teórico y filósofo de nacionalidad búlgara-francesa, la demagogia consiste en identificar las preocupaciones de mucha gente y, para aliviarla, propone soluciones fáciles de entender, pero imposibles de aplicar. En las sociedades modernas la demagogia ha encontrado un gran impulso gracias a las comunicaciones de masas como la televisión. Aunado a esto, el demagogo tiene ventaja si tiene un aspecto afable o tranquilizador, si posee una bonita dicción, si emociona o hace reír. Sin una personalidad carismática<sup>3</sup>, el populismo no tarda en sofocarse (Todorov, 2012: 148-150).

Para Todorov la demagogia es el modo en que se presenta el populismo y su contenido gira en torno a varias constantes: *El populismo* se niega a alejarse tanto del aquí y el ahora como de los individuos concretos, y huye de las abstracciones, las distancias y el tiempo en favor de lo concreto, lo próximo, incluso lo inmediato. *El populista* se dirige a la multitud con la que está en contacto: un mitin en la plaza pública, los espectadores de un programa de televisión o los oyentes de una radio. *El populista* actúa sobre la emoción del momento, necesariamente efímera y prefiere limitarse a las certezas de la mayoría. *El populista* se siente cómodo en las asambleas deliberativas, en las que la buena presencia, el discurso elocuente

---

<sup>3</sup> El asunto del *carisma* se tratará con más detalle en el capítulo II.

y las bonitas palabras pueden ganarse la adhesión. *El populista* prefiere la continuidad al cambio, que es un salto hacia lo desconocido. No es reformador sino conservador. Da más importancia al orden que a las libertades, porque en cualquier caso el ciudadano corriente tiene pocas ocasiones de aprovecharlas, mientras que goza todos los días de la protección de su espacio, de sus costumbres tranquilas y de su identidad. *El populista* recurre sistemáticamente al miedo, uno de los sentimientos humanos más elementales. Recluta a la mayoría de sus admiradores entre las personas relativamente menos formadas y su público habitual forma parte no de la clase más pobre, sino de la que teme acercarse a ella y unirse al grupo de rechazados, los excluidos y los vencidos (Todorov, 2012: 150-151).

El populista siempre será un encantador de serpientes, sí en el pasado, tenía la facilidad para crear herramientas discursivas que cooptaran seguidores, en la historia contemporánea es un experto en el arte del engaño pues su discurso fácilmente puede convencer a las masas, a través de la cooptación de causas justas. Como lo hace notar Jan Werner, politólogo alemán “Además de ser antielitistas, los populistas son siempre antipluralistas: aseguran que ellos, y sólo ellos, representan al pueblo” (Werner, 2017: 7).

Werner plantea que esta identificación de los populistas con el pueblo siempre funciona ya que cualquier remanente de la población puede descartarse como inmoral y en absoluto considerarse propiamente una parte del pueblo. Además, la idea de un único pueblo homogéneo y auténtico es una fantasía que se torna peligrosa, pues los populistas no sólo fomentan el conflicto y alientan la polarización, sino que también tratan a sus opositores políticos como “enemigos del pueblo” y buscan excluirlos de todo (Werner, 2017: 7-8). Este comportamiento dicotómico es una de las cualidades de los populistas modernos o contemporáneos, pues, edifican una concepción de la sociedad más agresiva, dividida entre aquellos que son “puristas del pueblo” y los “hostiles al pueblo”.

En este sentido, Krauze ve en los populistas la intención de dividir a la sociedad para alcanzar el cenit de su éxito

Todo populismo - en su sentido actual – postula una división entre “los buenos” y “los malos”, que históricamente es de viejo cuño: los jacobinos – precursores remotos – emprendieron la lucha contra los aristócratas y “émigrés”; los comunistas y fascistas contra la burguesía; los nazis contra los judíos y los bolcheviques. No es casual que para John McCormick, especialista en el tema, los mayores “populistas” hayan sido grandes teóricos del nazismo y el bolchevismo, Carl Schmitt y Lenin. La sugerencia es excesiva, pero a todos los vincula un aire de familia: la visión dicotómica de la sociedad y la política. Esa visión es una constante (Krauze, 2018: 116).

En los demagogos clásicos también se notaba un esfuerzo por crear una división muy ligera de la sociedad, pero a diferencia de los populistas modernos, que dividen de forma agresiva la sociedad entre amigos y enemigos, los primeros se veían asimismo como genuinos defensores de la desprotección.

Los populistas modernos, no tan alejados de esa realidad, prometen una vuelta al pasado, una utopía de lo irrealizable, una realidad de lo torcido. Saben que no podrán cumplir todo el compendio de promesas que cargan bajo el brazo o lo que sea que prometen este tipo de individuos y a pesar de todo lanzan una discursiva flamígera en donde el mañana simboliza la muerte de las dificultades y la llegada de un mundo nuevo, la era de a cada uno lo suyo.

Esa dicotomía entre los buenos y los malos es muy efectiva para los populistas pues les ayuda a identificar a un enemigo que les sirva para sus propósitos. Como bien lo señala McCormick los grandes teóricos del nazismo y el bolchevismo utilizaron esta división para moldear a los grandes movimientos de masas. Quizá un acercamiento teórico a las ideas de estos dos pensadores ayude a comprender mejor la dinámica del populismo.

Empecemos por Carl Schmitt jurista y pensador alemán del siglo XX. La obra de este pensador fue muy variada<sup>4</sup>, sin embargo, es en su libro *El concepto de lo*

---

<sup>4</sup> A lo largo de su trayectoria intelectual escribió varios libros por ejemplo *Teología política* (1922) donde desarrolla el concepto de *soberanía* o *Teoría de la Constitución* (1928) en el que analiza la

*político* (1932), donde los populistas modernos verán un soporte teórico para desarrollar parte de su doctrina, la cual estará sustentada por la definición dicotómica amigo-enemigo que principalmente retomarán. Tras la llegada de Hitler al poder en 1933, el pensamiento schmittiano definido por esta dicotomía, será el soporte teórico del nazismo. Como lo menciona Jesús Silva-Herzog Márquez

[A Schmitt] Le irritaba la victoria de Hitler, pero pronto pensó que el nacionalsocialismo podría ser la solución al caos. Hitler estaba decidido a decidir. Por eso Schmitt abraza el nuevo orden. Una combinación de impulsos emocionales e intelectuales lo acerca al nazismo. La ambición y el oportunismo habrán jugado un papel importante (Herzog Márquez, 2010: 188).

Para Schmitt la distinción entre amigos y enemigos es una parte fundamental de la esencia política. Esta distinción marca el grado máximo de intensidad de una unión o separación, de una asociación o disociación “El enemigo político no necesita ser moralmente malo, ni estéticamente desagradable, tampoco que se erija en un competidor económico (...) Simplemente es el otro, el extraño (...) Para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo” (Schmitt, 2009: 56-57).

Un conflicto extremo -nos dice Schmitt- solo puede ser resuelto por los propios implicados; en rigor solo cada uno de ellos puede decidir por sí mismo si la alteridad del extraño representa en el conflicto concreto y actual, la negación del propio modo de existencia y, en consecuencia, si hay que rechazarlo o combatirlo para preservar la propia forma esencial de vida (Schmitt, 2009: 57).

Desde la perspectiva de Schmitt la concreción del concepto amigo-enemigo adquiere toda su fuerza al momento en que los diferentes grupos de personas se unifican en unidades políticas organizadas. Los pueblos se agrupan como amigos y enemigos para su persistencia política (Schmitt, 2009: 58). Esa persistencia

---

constitución como la totalidad de la unidad política considerada en su particular forma de existencia, que fueron perfilando su pensamiento en lo que muchos expertos llaman “realismo político”.

política es la única razón por la que los pueblos establecidos como Estados tendrán que definir a los amigos y a los enemigos de su unidad política organizada

Enemigo no es pues cualquier competidor o adversario. Tampoco es el adversario privado al que se detesta por cuestión de sentimientos o antipatía. Enemigo es solo un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, esto es, de acuerdo con una posibilidad real, se opone combativamente a otro conjunto análogo. Solo es enemigo el enemigo público, pues todo cuanto hace referencia a un conjunto tal de personas, o en términos más precisos a un pueblo entero, adquiere eo ipso carácter público (Schmitt, 2009: 58-59).

En la opinión de Lorenzo Córdova, jurista mexicano, la dicotomía schmittiana es la política entendida como lucha por la supervivencia, que depende de la confrontación y eventual supresión de los contrarios “Para el pensador de Plettenberg, la política coincide con el conflicto extremo; si no existe una posibilidad real y concreta de una confrontación resulta imposible, a su juicio, pensar en la política” (Córdova, 2010: 144).

Córdova ve en el significado que le da Schmitt al concepto de lo político cuatro características fundamentales que le dan firmeza al *corpus* teórico (Córdova, 2010: 145-):

- 1) La distinción amigo-enemigo constituye un elemento originario, que no puede desprenderse de determinaciones ulteriores de la política “esa dicotomía permite definir al fenómeno político: toda situación conflictiva que pueda ser reconducida, en última instancia, a la confrontación entre amigo y enemigo debe ser considerada como perteneciente a la esfera política”.
- 2) La dicotomía amigo-enemigo es una pareja de categorías autónomas que no pueden equipararse con otras distinciones pertenecientes a otros ámbitos, como lo moral, lo estético o lo económico “Lo político tiene que hallarse en una serie de distinciones propias últimas a las cuales pueda reconducirse todo cuanto sea acción política en un sentido específico”.

3) La dicotomía amigo-enemigo se define a partir de la negación y contraposición del otro. No existe un término medio, aquel que no se reconoce amigo inmediatamente pasa a la clasificación de enemigo. En esta dicotomía, el amigo representa tener un enemigo en común con alguien más y alinearse junto con este último en contra del enemigo en común “no existe un término medio: quien no es un amigo es, necesariamente, un enemigo. Ser amigo significa, en otras palabras, tener un enemigo en común con alguien más y alinearse junto con este último en contra de ese enemigo común”.

4) Los dos términos de la dicotomía no poseen un mismo nivel en la medida en la que el concepto de enemigo tiene una prioridad lógica sobre el concepto de amigo “‘Enemigo’ es el concepto ‘fuerte’ que nos permite definir por contraposición al concepto ‘débil’ de ‘amigo’”.

Para finalizar, Córdova afirma que para Schmitt definir correctamente la dicotomía amigo-enemigo es necesario considerar a ambos términos con base en su sustancia concreta y existencial, no como simples metáforas o maneras simbólicas. Amigo-enemigo es una contradicción que alcanza su realidad al momento que se materializa mediante un antagonismo físico, palpable y que tiene por objeto un combate del contrario, también de manera física, encaminado a su supresión y aniquilamiento material (Córdova, 2010: 147).

Los nazis -uno de los movimientos que se distinguieron por una retórica racista- asumieron esta dicotomía a través de la supuesta “superioridad alemana” dividiendo a la población entre amigos (pueblo alemán) y enemigos (judíos) a los que primero identificaron como una amenaza hacia los integrantes del Estado alemán y después pasaron a su eliminación total que terminó en los horrores del holocausto. Esto no quiere decir que Schmitt fuese responsable directo de las espantosas muertes del exterminio judío, señalarlo como tal sería una completa abyección, como lo indica Sergio Vela intelectual mexicano.<sup>5</sup> En lo que sí contribuyó Schmitt consciente o inconscientemente, fue robustecer la dicotomía

---

<sup>5</sup> Coloquio: Alain de Benoist. La Revolución Conservadora y la Nueva Derecha Francesa (2016). Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=nHHJzRONOsA&t=2732s>



amigo-enemigo para que los demagogos se sirvieran de ella para consolidar su discursiva política. Pero no solo Hitler sacó ventaja de esta dicotomía; demagogos de izquierda y derecha a lo largo del mundo también capitalizaron la dicotomía amigo-enemigo para impulsar su lucha por el poder: Mao Zedong en China; Fidel Castro en Cuba; Kim Jong-il en Corea del Norte; y en últimas fechas, Vladimir Putin en Rusia, Donald Trump en Estados Unidos; Bolsonaro en Brasil y López Obrador en México (Rachman, 2019).

Hago un pequeño paréntesis para aclarar que el populismo no es igual al nazismo con su carga racista, ni al fascismo italiano y mucho menos al socialismo utópico ruso, todas estas ideologías que tuvieron su apoteosis en el siglo XX están plenamente determinadas por las siguientes características: el nazismo alemán se caracterizó por ser un régimen totalitarista que empleó la represión, la segregación y la violencia política para erigir su gobierno con un fuerte talante identitario, que aprovechó la gran crisis de 1929 y las restricciones del tratado de Versalles para justificar su belicismo expansionista; el fascismo italiano, por su parte, se caracterizó por ser un régimen totalitarista que empleó el corporativismo como forma de gobierno, eliminando la oposición política y levantando la violencia como su única bandera. El fascismo fue una ideología resultante de la primera posguerra y surgió en un momento de coyuntura en Italia plagada por la turbulencia política y las consecuencias de la guerra; finalmente, el socialismo, naciente de la revolución rusa se caracterizó por la desaparición de la propiedad privada, la eliminación de las clases sociales y la estatización de la economía, que ejerció una dictadura proletaria como forma de gobierno. El triunfo de la revolución rusa se da en un contexto en el que el pueblo ruso se encontraba agotado por el esfuerzo de guerra, la escasez de alimentos y la represión que el régimen imponía para acallar todo tipo de protestas. La diferencia radica en que el populismo como doctrina sobre el pueblo fue utilizada por los demagogos que lideraban estos movimientos para identificar a un conjunto del pueblo al cual podían explotar y a los cuales contaminaron con sus teorías racistas, de violencia y odio.

Cerrado el paréntesis, la dicotomía amigo-enemigo para el populismo es su santo grial<sup>6</sup>, pues a pesar del tiempo sigue resultando efectiva para apropiarse de la narrativa: el pueblo es una entidad sagrada para estos líderes, pero no alcanza su máxima gloria porque se encuentra impedido por un enemigo que busca su eterna destrucción. Por ese motivo, el líder demagogo decide quién o quiénes serán definidos como el pueblo y sus enemigos. Para Chantal Mouffe, politóloga belga, Schmitt nos plantea un falso dilema: o bien hay unidad del pueblo, y eso requiere la expulsión de toda división y antagonismo al exterior del *demos* – un exterior que le resulta necesario si es que ha de establecer su unidad - o bien se consideran legítimas algunas formas de división en el interior del *demos*, y esto lleva inexorablemente a un tipo de pluralismo que niega la unidad política y la propia existencia del pueblo (Mouffe, 2016: 69). Esto nos da luz sobre la lógica populista: la dicotomía que utilizan los populistas y en la que se sienta su discurso antidemocrático busca colocar en la mesa la disyuntiva de la supervivencia del pueblo por sobre todas las cosas o el cenit del pluralismo a costa de la desaparición del pueblo.

En este punto, el pueblo, por un lado, será mártir hasta completar la hazaña divina que por “derecho” se le ha encomendado; los enemigos, por su parte, serán el símbolo de una época apocalíptica si llegasen a ganar la batalla decisiva en contra del pueblo. No estaría por demás traer a colación los discursos de Maximilien Robespierre, uno de los actores más destacados de la revolución francesa de 1789, líder máximo de los jacobinos, ala radical de la revolución y un populista en potencia para su tiempo. En los discursos de Robespierre se puede apreciar a la perfección esta narrativa apocalíptica entre los amigos del pueblo y los enemigos del pueblo. Por ejemplo, un extracto de su discurso pronunciado el 8 de termidor del año II (26 de julio de 1794) dice lo siguiente

El gobierno revolucionario merece toda vuestra atención: si fuera destruido hoy; mañana no habría libertad. No hay que calumniarlo sino recordarle sus principios, simplificarlo, disminuir la cantidad innumerable de sus agentes y

---

<sup>6</sup> Es el vaso místico o cáliz sagrado que fue utilizado por Jesucristo en la última cena. En este sentido, la dicotomía es un asunto místico para los populistas.

sobre todo depurarlos; hay que devolver la seguridad al pueblo pero no a sus enemigos (...) El gobierno revolucionario ha salvado a la patria; hay que salvarlo a él mismo de todos los escollos; no sería una buena conclusión creer que hay que destruirlo tan sólo porque los enemigos del bienestar público primero lo han paralizado y ahora se esfuerzan por corromperlo (...) En la carrera que hemos emprendido, detenerse antes del fin equivaldría a perecer, y hemos retrocedido vergonzosamente (...) Defendamos al pueblo, corriendo el riesgo de ser estimado por él, que ellos corran hacia el cadalso por el camino del crimen y nosotros por el de la virtud (Citado por Zizek, 2010: 247-253).

Como se puede observar, en este discurso pronunciado por el líder de los jacobinos, existen algunos rasgos que hoy en día pasarían como una discursiva populista: se crea una atmosfera de peligro buscando construir al enemigo, se asegura la protección y exaltación del pueblo en la figura de una persona o individuo y se advierte un castigo a los enemigos del pueblo por parte de aquellos protectores virtuosos o los moralmente idóneos quienes dirigirán al pueblo a su máxima gloria. Para Werner esta representación exclusiva no se basa en la experiencia, sino que tiene una fuerte naturaleza moral “Cuando están en campaña, los populistas retratan a sus rivales políticos como parte de la élite corrupta e inmoral” (Werner, 2017: 7).

El mismo tipo de acción se puede apreciar en Lenin, que como bien lo señala McCormick, es otro de los grandes populistas de la historia. Para Lenin, la victoria total de su programa político, la revolución, implicaba la supresión de los enemigos contrarrevolucionarios. Como lo señala Juan Francisco Fuentes, historiador español, cuando la revolución finalmente triunfa, tras un breve periodo de levantamientos anti bolcheviques y una guerra civil devastadora (1917-1922) una oleada de represión sobre la población se había dejado sentir por parte del nuevo gobierno revolucionario (Letras libres, 2017).

La división entre los defensores del pueblo y sus enemigos permitió a Lenin legitimar su dominio sobre el recién formado aparato de Estado. Sin embargo, el punto de inflexión; se dio cuando el gobierno revolucionario encabezado por Lenin

y sus seguidores se enfrentó a la realidad de un país devastado por la revolución y la guerra civil. El poder de la demagogia había logrado derrocar al gobierno zarista que le era imposible sostenerse legítimamente, pero cuando la demagogia se topó con la realidad no tuvo más remedio que recurrir al terror para sostenerse “El bolchevismo se convirtió en el despotismo ilustrado: los bolcheviques creían que el pueblo no podía saber nada por sí mismo porque, en sentido estricto, no existía, no era más que aquello que construían los ideólogos” (Delsol, 2016: 52).

Lenin escribió numerosos artículos y libros en los que plasmó su visión de la política y de cómo hacer política, por ejemplo, su ya conocido tratado *¿Qué hacer?* (1902) en el que define las propuestas específicas sobre la organización y la estrategia que debía seguir el partido revolucionario, en este caso, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR) que en 1905 se dividiría en dos facciones: bolcheviques y mencheviques. Los bolcheviques el grupo leal a Lenin, serán los partidarios de la revolución violenta bajo un partido único, por otro lado, los mencheviques el grupo moderado promoverán la revolución de manera gradual. De este enfrentamiento ideológico, finalmente saldrían vencedores los bolcheviques que tras la revolución de octubre tomarían el control total del gobierno.

No obstante, es en su texto *El Estado y la revolución* (1917) basándose en la teoría de la lucha de clases que planteaba Marx, en donde se observa una narrativa dicotómica de lo político: es la burguesía la que se levanta como el enemigo y será el proletariado la que tendrá la función de suprimirla para alcanzar un Estado de armonía “(...) el proletariado organizado como clase dominante” (Ilich, 1978: 308). Para Lenin, un revolucionario profesional, la “dictadura del proletariado” representaba el único camino para establecer el reino de la justicia social, la violencia política y la eliminación física serían medios provisionales que una vez alcanzados los objetivos de la revolución serían abolidos para siempre

El Estado es una organización especial de la fuerza, una organización de la violencia para reprimir a otra clase, cualquiera que sea. ¿A qué clase tiene que reprimir el proletariado? Está claro que únicamente a la clase

explotadora, es decir, a la burguesía. Los trabajadores necesitan del Estado sólo para aplastar la resistencia de los explotadores. Y este aplastamiento puede dirigirlo y efectuarlo sólo el proletariado, la única clase consecuentemente revolucionaria, la única clase capaz de unir a todos los trabajadores y explotados en la lucha contra la burguesía, por la completa eliminación de ésta (Ilich, 1978: 308-309).

Una vez en el poder los bolcheviques aplicaron una fórmula muy parecida a la descrita por Lenin en su escrito *El Estado y la revolución*, pero en lugar de que el proletariado liderara el camino revolucionario hacia la utopía comunista a través de la violencia, lo hizo la Comisión Extraordinaria para combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje (Cheka) una especie de policía política secreta que dirigió Félix Edmúndovich Dzerzhinski apodado “Félix de Hierro” antiguo revolucionario polaco leal a Lenin y a los bolcheviques.

La misión de Dzerzhinski fue sostener al régimen revolucionario de pie mientras el experimento utopista se llevaba a cabo. La estabilidad política al interior del recién creado Estado soviético dependió en gran medida de la represión estatal; “Escoba nueva barre bien” decía Lenin con aplomo (Rabótnik, 1896: núm. 1-2). Como lo apunta el periodista español Joaquín Estefanía, lentamente el partido se fue convirtiendo en una máquina tiránica que perpetuó la intolerancia, la astucia, el secretismo y la crueldad de sus integrantes. Lejos de la sociedad sin clases que prometieron los bolcheviques se potencializó una nueva clase privilegiada y controladora que más temprano que tarde comenzó la explotación de los trabajadores igual o peor que en los tiempos remotos del zarismo (El país, 2021).

Al respecto, el testimonio de Alexander Berkman puede ser esclarecedor. Berkman quien fuera un pensador anarquista de principios del siglo XX y que vivió la revolución de octubre y su devenir, describió en su libro *El mito bolchevique. Diario 1920-1922* como la revolución comandada por Lenin que prometía romper con las cadenas de la opresión terminó en la arbitrariedad de una camarilla

El bolchevismo, con su partido dictatorial y el comunismo de Estado, no es, ni nunca podrá ser, la antesala de una sociedad comunista libre y no

autoritaria, ya que el propio sentido y naturaleza del gobierno, con un comunismo obligatorio, excluye tal evolución. Su centralización económica y política, su gubernamentalización y burocratización de todas las esferas de la actividad y esfuerzo, su inevitable militarización y degradación del espíritu humano, que destruye automáticamente cualquier germen de la nueva vida y extingue los estímulos creativos, la labor constructiva (Berkman, 2013: 291).

El nuevo gobierno revolucionario que juró llevar la justicia social a su cumbre igualitaria aplicó la más cruenta brutalidad policial tanto a burgueses como proletarios, la utopía se había desvanecido. Al tiempo que avanzaba la revolución la paranoia -otra de las características populistas que más tarde tratáremos- empezó a mellar a los líderes bolcheviques lo que desenlazó una vorágine de persecución sobre aquellos individuos que osaban siquiera alzar la cabeza para reclamar la represión estatal.

En realidad, la Comisión Extraordinaria<sup>7</sup> que encabezaba Dzerzhinski nunca fue un aparato para combatir la contrarrevolución, se asimiló más como una tropa de exterminio, algo parecido a la Gestapo alemana (policía secreta de Hitler) y a la Ovla italiana (policía secreta de Mussolini). Numerosas proclamas dan cuenta de ello como la escrita por Martín Latsis alto oficial de seguridad estatal de la Cheka

Nosotros exterminamos a la burguesía como clase. No busquéis en la investigación lo que el acusado haya hecho, en actos o palabras, contra el poder soviético. La primera pregunta que debéis hacerle es a qué clase pertenece, cuáles son su origen, su educación, su instrucción y su profesión (...) Si de algo se puede acusar a la Tcheka no es de exceso de celo en las ejecuciones, sino de insuficiencia en la aplicación de las

---

<sup>7</sup> Vitali Shentalinski (1939) escritor y periodista ruso en su trilogía: *Esclavos de la libertad. Los archivos literarios del KGB* (Galaxia Gutenberg, 2006), *Denuncia contra Sócrates. Nuevos descubrimientos en los archivos literarios del KGB* (Galaxia Gutenberg, 2006) y *Crimen sin castigo. Últimos descubrimientos en los archivos literarios del KGB* (Galaxia Gutenberg, 2007), hace un recuento sobre la represión que ejerció el régimen soviético a través de su policía política en el lapso que va de la revolución bolchevique al terror sistemático de Iósif Stalin.

medidas supremas de castigo (...) Una fuerte mano de hierro disminuye siempre la cantidad de víctimas (Melgounov, 1927: 78-80).

Para Lenin y los jefes bolcheviques estas medidas extraordinarias que contemplaban las ejecuciones sumarias “representaban” la indignación de las masas populares. Supuestamente la presión de las masas obreras los obligaba a recurrir al terror indiscriminado (Melgounov, 1927: 49). Sin embargo, la verdad era muy diferente; para el gobierno revolucionario el terror indiscriminado era la única salida para mantener el poder en las manos y no perderlo. Lo sorprendente del caso fue que, a pesar de las evidencias y los descalabros, el gobierno revolucionario no cambio ni la forma ni la sustancia de sus acciones, simplemente dejaron “que las leyes de la historia” hicieran su trabajo.

Por ello, estos teóricos verán en la pluralidad un enemigo declarado y apoyarán toda acción que busque suprimirla. De aquí que la matriz de comportamiento de la mayoría de los populistas que se ostentan como la solución a los males de la población este marcada por dividir a esa sociedad entre los “virtuosos integrantes del pueblo” y las “perversas élites” (amigos y enemigos en la dicotomía schmittiana) con miras en el sacrificio de las libertades democráticas para el “beneficio del grupo”. Todo está justificado por el bien del rebaño, mientras sus proyectos políticos ganan adeptos.

Esa lógica es la que propone el populismo: cegar la razón del individuo y arraigar el odio hacia lo distinto, eso que Gideon Rachman, periodista británico, anota como pensamiento antiliberal contemporáneo<sup>8</sup>: desdeñar la separación de poderes y los derechos universales (Financial Times, 2019).

El populismo bajo, la tutela del líder, pretende desaparecer al ciudadano para integrarlo a la masa que lo vitorea. La acción individual en la exigencia de mayor democracia, mayores derechos y mayor libertad es corrosiva a la mentalidad populista, son sus contravalores. Los populistas prefieren el vitoreo de las masas, los rituales de culto a la personalidad, las acometidas públicas en contra de los

---

<sup>8</sup> Para Rachman el pensamiento del teórico alemán Carl Schmitt está teniendo un resurgimiento mundial como testimonio de una reacción global en contra del liberalismo.

“enemigos del pueblo”, la exaltación de las pasiones populares, optan por la masa en estado de paroxismo, como lo dice el pensador búlgaro Elias Canetti en su libro *Masa y poder*

La masa ya no se conforma con piadosas condiciones y promesas, quiere experimentar ella misma el supremo sentimiento de su potencia y pasión salvajes, y, para este fin, siempre vuelve a utilizar lo que le brindan las ocasiones y las exigencias sociales. Es importante establecer de una vez por todas que la masa nunca se siente satisfecha. Mientras exista un hombre no incluido en ella, muestra apetito (2018: 25).

Los demagogos explotaran con inteligencia este estado de las masas, primero, para cumplir sus aspiraciones políticas, en el mayor de los casos acceder al poder por medio de la competencia electoral, segundo, para demostrar que sólo ellos tienen el control del pueblo, que utilizaran como chantaje para advertir que si las cosas no salen tal y como las desean, activaran a las masas pasionales para defender el proyecto político en ciernes<sup>9</sup>. No es coincidencia que, al acceder al poder por medio de vías democráticas, los populistas tengan altos niveles de aprobación y legitimidad.

Otro caso similar es el de Donald Trump en los Estados Unidos que, ante una población aproximadamente de 318 millones de personas, en 2016, año en que se presentó a las elecciones presidenciales por ese país, recibió un 55.8% de votos, esto quiere decir, que 62 millones 984, 825 personas lo votaron indirectamente ya que fue el colegio electoral quien le otorgo el triunfo (Sparks, 2018).

---

<sup>9</sup> Por ejemplo, en enero de 2021 el entonces presidente de los Estados Unidos Donald Trump hizo un llamado a sus seguidores para marchar al capitolio tras señalar un supuesto fraude electoral. Los manifestantes asaltaron el capitolio, sin embargo, fallaron en su acometida. Otro caso es el de López Obrador que mientras se encontraba en campaña por la presidencia de la república en 2018 advirtió que si se atrevían a hacer un fraude electoral iban a desatar al tigre y él no lo iba a amarrar. El tigre era una analogía para referirse al pueblo de México.



**TABLA 1 TRIUNFO DE LÍDERES POPULISTAS EN EL MUNDO:  
PORCENTAJE DE APROBACIÓN**

País	Líder	Ideología	Año de elección	Porcentaje en votos
Venezuela	Hugo Chávez	Socialismo revolucionario	1998	56%
Estados Unidos	Donald Trump	Conservadurismo nacionalista	2016	58,8%
Brasil	Jair Bolsonaro	Conservadurismo nacionalista	2018	55,13%
México	López Obrador	Nacionalismo revolucionario	2018	53,19%
Rusia	Vladimir Putin	Conservadurismo	2018	76,66%
Gran Bretaña	Boris Johnson	Conservadurismo	2019	43,6%

Fuente: Elaboración propia con base en América economía, 2012; Bonet, 2018; Galarraga, 2018; Martín, J. y Sánchez, E., 2019; Navarro, 2018; Sparks, 2018.

Un caso más es el de López Obrador, que, tras la contienda electoral por la presidencia de la república en 2018, de 56 millones 611, 027 personas que votaron en las elecciones federales, un total de 53.19% lo hicieron por López Obrador, esto significa que 30. 11 millones de personas legitimaron el proyecto político que encabezaba López Obrador (Navarro, 2018).

Como se puede observar en la *Tabla 1* la mayoría de los personajes denominados como populistas que se presentaron a una elección presidencial recibieron más de la mitad de los votos, sin importar que tan distintos eran ideológicamente, el discurso populista fue efectivo. Aunque el triunfo de estos personajes fue democrático, lo que llama la atención es que lograron integrar movimientos sociales que los llevaron a ganar la elección. La democracia permite que estos

líderes compitan democráticamente sin advertir el daño que puedan ocasionar a futuro.<sup>10</sup>

Antes que nada hay que hacer algunas precisiones sobre los personajes que se presentan en la tabla: en el caso de Hugo Chávez, se tomaron los datos de la primera vez que participó en unos comicios electorales, ya que después de esta fecha decidió reelegirse cada vez que terminaba su mandato hasta su muerte, en 2013, esto significa que murió a la mitad de su tercer mandato como presidente de Venezuela; en el caso del ruso Vladimir Putin, se optó por colocar los datos arrojados en la última elección a la que se postuló como candidato presidencial, ya que su llegada al poder en 1999 fue bajo medidas excepcionales (dimisión de Borís Yeltsin) primero como presidente interino y después como titular lo que le ayudó a reelegirse posteriormente. En el caso de López Obrador, se seleccionó la última vez que compitió en unos comicios para elegir presidente de la república mexicana.

Continuando con la explicación, el que la mayoría de los votantes hayan optado por legitimar a estos candidatos quiere decir que el énfasis en una discursiva populista y una situación social poco favorable para las mayorías logró el efecto esperado en los votantes, que cayeron en las trampa del “nosotros somos la única esperanza contra la maldad imperante” y “la construcción del paraíso está en tu voto”. Si en el pasado las tentaciones populistas se disfrazaban por la ignorancia y el desconocimiento, en el presente fueron los sentimientos de fracaso de aquellos que se consideraban como los perdedores los que abrazaron el sueño populista de revancha que encarnaron Trump, López Obrador, Jair Bolsonaro y Boris Jonhson.

Tan solo hay que echar un vistazo a los lemas de campaña de cada uno de estos candidatos: “Make America Great Again” que catapultó al trumpismo llevándolo al poder, “Juntos haremos historia” que consolidó la utopía imaginaria de López Obrador, “Brasil acima de tudo, deus acima de todos” que mostró a Bolsonaro

---

<sup>10</sup> Esta relación entre democracia y populismo se estudiará con más detalle en el capítulo III. La democracia en vilo: los casos de López Obrador y Donald Trump.

como el hombre fuerte de Brasil y el único capaz de liderar a su nación ante la adversidad izquierdista y “Do or die” de Boris Johnson que lo ensalzó como el gran capitán al frente del timón que salvaría a Gran Bretaña del peligro de la Unión Europea, aludiendo a un decisionismo dicotómico entre la vida y la muerte. No obstante, parte de esta eficacia del discurso populista se debió al contexto social en el que estos líderes fueron levantando sus movimientos, en México por ejemplo, la creciente corrupción de la vieja clase política y la violencia criminal incontrolable, le aplanaron el camino a López Obrador para su victoria.

El encanto de estos líderes populistas alcanza legitimación debido a su determinación discursiva entre ganadores y perdedores. El populismo acoge a los perdedores despertando en ellos un resentimiento hacia lo que presume son los culpables de su situación y que se materializa en la democracia liberal y la globalización. Es verdad, la globalización trajo consigo modernización y mejoras en la calidad de vida para una gran parte de la población, pero también marginación en los sectores excluidos en este proceso. Desde el punto de vista del politólogo inglés John Gray

No se ha generado ningún remedio efectivo para los costes humanos, las víctimas humanas de la globalización. Y eso crea una oportunidad para demagogos de la derecha y de la izquierda. Ofrecen soluciones ilusorias, como hacen Jeremy Corbyn y Donald Trump, pero tienen seguidores porque los liberales no tienen nada que ofrecer, se limitan a decir que necesitamos más educación, que tenemos que seguir en esta clase de globalización. Muchas personas de nuestra sociedad están muy descontentas. Quizá mayorías (Letras libres, 2018).

El oportunismo de estos líderes es manifiesto, no hay duda de que a nivel mundial un gran número de personas viven en extrema pobreza, carecen de los servicios básicos para desenvolverse en una vida satisfactoria (educación, salud, seguridad social, etc.) y se encuentran sometidos a una realidad que no ofrece oportunidades efectivas de desarrollo, por supuesto, existen razones para el encono social, pero los populistas lejos de plantear vías de acción políticamente sustentables para solucionar estos problemas con base en diagnósticos certeros,

disparan andanadas esperanzadoras sin pies ni cabeza. Esto no quiere decir que los proyectos políticos de los liberales hayan sido un éxito una vez que se implementaron. Claramente, las deficiencias de los proyectos liberales les sirvieron a los populistas para hablar de planes “perfectos” que acabarán con los males de la población.

Al respecto, la politóloga mexicana Soledad Loaeza, observa lo mismo que el politólogo anglosajón: esa división entre ganadores y perdedores ha generado insumos para alimentar a estos movimientos antidemocráticos

El resultado de la globalización y del fin del socialismo soviético no fue la homogeneidad liberal, si es que existe, reforzada por la desaparición de las fronteras comerciales, sino que más bien provocó el estallido de las diversas reacciones a los efectos de esas grandes causas, en particular a la división entre ganadores y perdedores de la globalización (Nexos, 2020).

Los populistas, aprovechando estas condiciones sociales, transforman el entorno de los votantes prometiendo hechos que nunca se cumplirán. Si los liberales cayeron en el fundamentalismo tecnocrático, los populistas ven en la utopía la culminación de sus proyectos políticos. A su vez, los que defienden los proyectos populistas, justificaran su adhesión aludiendo a una peligrosa conspiración en contra de su nación

(...) se dice que a quienes defienden públicamente las aseveraciones populistas y, sobre todo, a quienes emiten votos para los partidos populistas, los motivan “miedos” —a la modernización, la globalización, etcétera— o sentimientos de “furia”, “frustración” y “resentimiento” (Werner, 2017: 7)

Cuando la democracia no cumple con las expectativas de las mayorías, el riesgo de aparición de un populista se eleva: las mayorías caen ante el encanto populista de grandeza y utopía, sacrificando su endeble democracia. Como lo dice Federico Finchelstein

(...) el populismo habla en nombre de un solo pueblo, y también lo hace en nombre de la democracia. Pero una democracia definida en términos

restringidos: como la expresión de los deseos de los líderes populistas. No se puede definir al populismo simplemente por su pretensión de representar en exclusividad al pueblo entero contra las élites. No se trata sólo de que los populistas quieren actuar en nombre de todo el pueblo; también creen que su líder es el pueblo, y que debería reemplazar a los ciudadanos en la toma de todas las decisiones (2018: 109).

Si bien, en la democracia representativa liberal ocurre lo mismo cuando los representantes políticos sustituyen al pueblo en singular, la diferencia radica en que la democracia, en manos liberales, se mantiene intactas las reglas del juego y en manos populistas pueden ser aplastadas.

Al desaparecer la democracia, no de facto pero sí progresivamente, los populistas defenderán su destrucción democrática argumentando que ellos sólo están acatando los llamamientos del pueblo, algo parecido a la justificación que los bolcheviques hicieron de su acción de terror sistemático en contra de la población rusa o los nazis que suprimieron de manera totalitaria al pueblo alemán a favor de la causa racial.

Así lo observa Pedro Arturo Aguirre “No hay populismo sin una masa ávida de proyectar sus frustraciones en un caudillo, de identificar autoridad con 'mano dura', de equiparar proyecto con revancha, desarrollo con asistencialismo y patriotismo con militancia” (Etcétera, 2020).

Esto no significa que los populistas levanten regímenes de terror, muerte, persecución policíaca y supresión de los medios de comunicación (no bajo una lógica totalitaria). Los populistas de nuestra época son más sofisticados a la hora de emplear la represión en contra de sus rivales, mantener a sus fieles a raya y cooptar el poder, trazando un plan de acción adecuado, estos amantes del discurso colérico intentaran perpetuarse en el poder o en el menor de los casos alargar su mandato más allá del tiempo establecido rompiendo las reglas democráticas. En caso de no presentar una tendencia reeleccionista o de alargamiento de su mandato, los populistas colocaran a sus hombres más fieles

en las posiciones de poder para seguir controlando a su antojo las riendas del gobierno.

Según Werner Müller, el gobierno populista manifiesta tres aspectos importantes: procura apropiarse del Estado, recurre a la corrupción<sup>11</sup> y al clientelismo de masas - intercambio de beneficios materiales o favores burocráticos a cambio del apoyo político de ciudadanos que se convierten en “clientes” de los populistas – y se esfuerza sistemáticamente por suprimir a la sociedad civil (2017: 8).

Aunado a esto y para engrosar nuestro análisis sobre la pregunta qué es el populismo, Pierre Rosanvallon, nos dice que la cultura populista se compone de cinco elementos: una concepción del pueblo, una teoría de la democracia, una modalidad de la representación, una política y una filosofía de la economía y un régimen de pasiones y emociones (2020: 14).

Rosanvallon explica de manera certera estos cinco puntos, en primer lugar, la concepción del pueblo se funda en la distinción entre “ellos” y “nosotros”. En segundo lugar, la teoría de la democracia se apoya en tres elementos: la preferencia otorgada a la democracia directa (ilustrada por la sacralización del referéndum); una visión polarizada e hiperelectoralista de la soberanía del pueblo que rechaza a los cuerpos intermedios y se propone domesticar a las instituciones de carácter no electoral (como los tribunales constitucionales y las autoridades independientes). En tercer lugar, la modalidad de representación se vincula a la preeminencia otorgada a la figura de un “hombre-pueblo” con capacidad sensible de encarnación destinada a remediar el estado de mala representación existente;

En cuarto lugar, la política populista se define por antonomasia por el nacional-proteccionismo que arraiga profundamente una visión rancia de la soberanía apoyada en la voluntad política y de atención a la seguridad de la población (2020: 15-16). En quinto y último lugar, la filosofía de la economía y el régimen de pasiones y emociones se entiende que la primera lejos de un plan económico es un artilugio político en cuanto a las emociones y pasiones se distinguen tres: emociones de intelección, el mundo es una fábrica de complots, emociones de

---

<sup>11</sup> Este aspecto suele ser común en la mayoría de los gobiernos de cualquier ideología.

acción, acto de expulsionismo y emociones de posición, sentimiento de abandono (2020: 15-16).

Aun cuando, el populismo no es una ideología, si tiene una batería de aspectos que le dan cierta especificidad (como los descritos por Rosanvallon, Delsol, Krauze, Werner y Finchelstein) y que de manera práctica se puede denominar mentalidad populista, ya que, por su carácter combativo aboga por la toma del poder respaldándose en un grupo de personas que apoyan estas directrices que en el mayor de los casos buscan minar la libertad y la democracia.

Con todo lo dicho hasta ahora y respondiendo a la pregunta de qué es el populismo, podemos decir que lejos de ser un fenómeno moderno es una práctica política que tiene su historia (demagogos clásicos y modernos van coaligados) que se sirve de los sentimientos y pasiones populares para conseguir sus fines.

Con el paso del tiempo, teóricos del populismo y populistas en escena se han abierto paso para ocupar espacios de poder, construyendo su lobby con acceso solo al antiuniversalismo, el irracionalismo, la supresión del individuo, el rencor, la locuacidad y el miedo a lo distinto.

Aunque todos los populistas en esencia presentan patrones similares en su accionar político, existen diferentes estilos demagógicos que los populistas explotan de acuerdo con su "ideología" que pregonan. En el siguiente capítulo se estudiarán estas diferencias. Con base en la teoría weberiana de la dominación carismática se establecerá una condición general del líder populista para dar paso al análisis de al menos tres tipologías que se pueden observar en los líderes populistas: iluminados, paranoicos y farsantes.

## **II. Una tipología de los populistas**

Los populistas a menudo demuestran una actitud que podría considerarse homogénea: exaltación de las pasiones populares, un discurso dicotómico que divide a la sociedad entre la gente bondadosa del pueblo y las voraces élites, un espíritu “moralmente incorruptible”, un tribalismo digno de locuacidad, una irracionalidad<sup>12</sup> en sus actos y toma de decisiones y una distorsionada visión de la realidad. Por señalar algunos elementos generales.

Sin embargo, existe un aspecto que es importante tocar con más profundidad para poder definir con exactitud la figura del líder populista. Con base en la teoría del carisma de Max Weber, sociólogo alemán de principios del siglo XX, estableceremos, en primer lugar, una condición general de todo líder populista; en segundo lugar, analizaremos tres tipologías de líderes populistas que suelen aparecer en las democracias y otras formas de gobierno, demostrando el peligro que acecha detrás de estos personajes.

Comencemos por señalar que la condición general de todo populista, tanto de derecha como de izquierda, es su carisma pues, sin él no llegarían a formar grandes nichos de apoyo popular. Este carisma del que gozan los populistas es uno de los factores más destacados para que sus proyectos políticos se concreten. Podemos ver como desde Donald Trump hasta Hugo Chavez, pasando por Daniel Ortega y Silvio Berlusconi, la atractiva personalidad de cada uno de estos sujetos es avasalladora. Representados como los “hombres providenciales” de la política, dotados de una personalidad inigualable y un espíritu inquebrantable, estos líderes populistas pareciera que han adormecido a las masas en su camino al poder.

Para Max Weber, el carisma es una cualidad que tiene una persona individual y que puede ser considerada como cualidad extraordinaria

---

<sup>12</sup> Entenderemos lo racional como la capacidad que permite evaluar, entender y actuar de acuerdo a ciertos principios de mejora y consistencia, para satisfacer algún objetivo o finalidad. Lo racional, en este sentido, se deduce como las posibilidades que existen dentro de la realidad para solucionar una problemática.



Originalmente era una cualidad derivada de un poder mágico, tanto en los profetas como en los sanadores, en los sabios del derecho o en los jefes de las cacerías. Por esta cualidad se considera que la persona que la posee está dotada de fuerzas o propiedades extraordinarias. No accesibles a cualquier persona, o que es una persona enviada por Dios o una persona modélica y que, por lo tanto, es un "líder" (Weber, 2016: 121).

Lo que aquí importa en verdad es como ven los seguidores a este líder. La barrera que se forma entre las personas comunes y corrientes y la imagen del líder se crea desde la misma dimensión de las masas. Los seguidores verán en su líder una capacidad extraordinaria, el personaje que el destino eligió para llevarlos a la gloria, una especie de superhombre encarnando la perfección. La providencia terrenal capaz de cambiar el destino del mundo. Como lo dice al respecto Leszek Kolakowski "es una persona capaz de ejercer influencia sobre otros, seguramente buena, en la asamblea de los correligionarios a quienes infunde entusiasmo" (Letras libres, 2008).

Pareciera exagerado lo escrito anteriormente sin embargo es más frecuente de lo que parece. Numerosos personajes, a lo largo de la historia, han cooptado perversamente las causas del pueblo como la justicia y la igualdad gracias al carisma que poseen. En este sentido, el líder carismático – nos dice Kolakowski – reconstruye la esperanza de que existe un medicamento para sus desgracias y de que, a pesar de todo, los problemas no son para la exasperación

Los líderes carismáticos surgen de la combinación de necesidades sociales, de esperanzas humanas y de su propia capacidad personal. Allí radica, también, la importancia de las condiciones sociales y políticas que crean la necesidad de un líder carismático: a veces no bastan para que aparezca, si no hay un candidato viable para este papel (Letras libres, 2008).

Para Weber el carisma tiene varias determinantes, esto significa, que su concreción se compone de elementos como el reconocimiento, la prueba del carisma, los sentimientos, el botín o los medios materiales y la transformación

El elemento que determina la efectividad del carisma es el reconocimiento de sus sometidos. Se trata de un reconocimiento libre, nacido de la entrega a una revelación, al culto del héroe, a la confianza en líder, y garantizado por alguna prueba, que originariamente era siempre un milagro. Pero este reconocimiento no es, el carisma genuino, el fundamento de la legitimidad, sino que el reconocimiento es una obligación que tienen los sometidos de reconocer esa cualidad en virtud de sus pruebas (...) este 'reconocimiento' es una devoción totalmente personal nacida del entusiasmo, de la esperanza o del desamparo (Weber, 2016: 122).

Por ello, el reconocimiento no es asunto de la espontaneidad sino que debe haber algún aspecto que fortalezca su posición como hombre del destino, como “padre de los pueblos”, como guía de la nación. El carisma – argumenta Weber - puede perder su potencia ante la falta de virilidad o heroísmo

Si faltan las pruebas del carisma de manera duradera, si el agraciado con el carisma se muestra abandonado por su dios o por sus poderes mágicos o heroicos, si se le niega el éxito de manera duradera, y, sobre todo, si su liderazgo no trae ningún beneficio a sus seguidores, es probable que su autoridad carismática desaparezca. Éste es el genuino sentido carismático de la expresión “rey por la gracia de Dios” (Weber, 2016: 123).

Estos atributos no solo son característicos de los líderes populistas, también son aspectos que han entendido a la perfección los demagogos repartidos a lo largo y ancho del mundo a través del tiempo. Por ejemplo, el dictador italiano Benito Mussolini de mediados del siglo XX, calificado como “El hombre de la providencia” por el papa Pío XII (Hernández, 2021) y un populista por excelencia, siempre se solía mostrar ante sus seguidores como el hombre fuerte capacitado para enfrentar los designios que el destino le había mandado cual guerrero de la antigua Roma. Según Pedro Arturo Aguirre

Mussolini siempre se preocupó por proyectar la agresiva imagen de un macho con poses abiertamente teatrales como la mandíbula empujada, el varonil torso descubierto, las manos siempre con un arma, un azadón o un martillo. También amaba difundirse como una especie de “hombre del

renacimiento”, un condotiero valiente y militar genial pero sensible a la cultura clásica, orgulloso de sus orígenes latinos (Aguirre, 2014: 70).

Otro de los grandes líderes que se sirvió de su carisma y lo reforzó a cada instante fue Adolf Hitler del que ya hemos hablado con anterioridad. Hitler se encargó de mostrarle no solo a sus seguidores sino también al mundo que el camino de los alemanes lo dirigía su poderosa oratoria y su locuaz elocuencia

El aparato propagandístico nacional socialista proyectó la imagen de un Hitler restaurador de la ley y el orden, defensor fanático de la nación frente a los enemigos externos e internos, representante de la “justicia del pueblo”, reconstructor de la economía y estadista genial que devolvió su fuerza a Alemania. Cuando estalló la guerra, la propaganda convirtió a Hitler en un eminente estratega militar capaz de humillar a los enemigos de Alemania en una serie de increíbles victorias, como la guerra relámpago (*Blitzkrieg*) que arrolló a Francia en pocas semanas (Aguirre, 2014: 64).

Un ejemplo más que sirve para reforzar lo dicho por Weber sobre el segundo punto, se puede encontrar bajo la figura de Fidel Castro (1926-2016) dictador cubano que se erigió como el líder supremo de la nación tras la victoria final de la revolución cubana en 1959. Recordemos que Ernesto “Che” Guevara (1928-1967) y Camilo Cienfuegos (1932-1959) dos de los líderes más importantes de la revolución cubana murieron tras el triunfo de los “barbudos”. Castro sabía muy bien que el carisma podía ir perdiendo su luz y ante el peligro decidió afianzar su imagen de líder inquebrantable a través de diferentes modalidades

La exaltación del comandante no ha requerido grandes e innumerables esculturas para penetrar en las mentes y moldear el comportamiento de los cubanos, pero lo cierto es que Cuba ha sido marcada por la figura del caudillo. Tres cuartas partes de los cubanos actuales nacieron, crecieron o se educaron escuchando el discurso patriarcal y reproduciendo los rituales ideológicos del totalitarismo. Los cubanos han vivido estas décadas atrapados en la omnipresencia de Fidel, en la implacable persistencia de sus discursos y en la teatralidad de su gesticulación (...) la realidad es que hablamos aquí de uno de los manipuladores más hábiles de la opinión

pública en la era moderna de la comunicación. Ocupó los micrófonos radiales, acaparó las cámaras de televisión para hablar horas y horas consecutivas, inspiró una filmografía que catapultó su aureola mítica, desarticuló la cultura periodística cubana – de fuerte tradición democrática – e implantó un sistema de propaganda gubernamental al servicio de sus palabras, desplazamientos y ocurrencias, por más inverosímiles y ridículas que fueran éstas (Aguirre, 2014: 150-151).

A diferencia de Hitler y Mussolini que exaltaron sus dotes militares y su fuerza creadora (Imperio italiano fascista y Alemania nazi), Fidel prefirió los medios de comunicación para llevar su palabra a cada rincón de la Cuba castrista. Sin embargo, lo que hay que señalar aquí es que los tres líderes lejos de perecer bajo las sombras que produce la pérdida de carisma lo reforzaron a lo largo del tiempo graduándose como maestros del carisma. En la caso de Hitler y Mussolini solo la derrota en la segunda guerra mundial del eje Berlín-Roma-Tokio pudo terminar con su dominación carismática, en el caso de Fidel Castro solo la muerte despertó a los durmientes.

Respecto al tercer punto, para Weber la organización carismática es un tipo de comunidad basada en el sentimiento. Aquí no importará ni la preparación ni la profesionalización de los integrantes que formen el aparato administrativo, la organización carismática pondrá por encima de todo atributos meramente informales como la lealtad o el servilismo, esto es, el profeta le corresponde sus discípulos, al príncipe de guerra su séquito y al líder sus hombres de confianza, su camarilla de poder

En una organización de índole carismática no existe “contratación” de personal ni “destitución”, ni “carrera” ni “ascenso”. Lo que se da es la selección según la inspiración del líder sobre la base de las características carismáticas del seleccionado. No hay una estructura “jerárquica” sino intervenciones del líder cuando el aparato administrativo resulta insuficiente para una determinada tarea en un caso concreto o con carácter general, y en ocasiones cuando es llamado. No existen “competencias” ni “esferas” delimitadas, pero tampoco existen “privilegios” que permitan la tenencia de

cargos (...) No hay “salarios” ni prebendas, sino que discípulos y el séquito viven básicamente con el líder, en un comunismo de camaradería y amor, de los medios suministrados por el mecenas (...) el profeta genuino, el príncipe guerrero genuino y cualquier líder genuino realmente anuncian, crean, exigen nuevos mandamientos. Lo hacen en el sentido primigenio del carisma, es decir, en virtud de una revelación, de un oráculo o de una inspiración, o en virtud de su voluntad que es reconocida por proceder de quien procede por una comunidad militar o una comunidad religiosa o la comunidad de un partido político (Weber, 2016: 124-125).

Para ilustrar este argumento, no hay mejor ejemplo que la figura de López Obrador, político mexicano que ha brillado por tener a su disposición un sinnúmero de colaboradores bastantes fieles a los que ha colocado en lugares estratégicos de la administración. El mismo López Obrador declaró en público que su criterio para elegir a funcionarios de gobierno era la lealtad a ciegas "Sí escuchamos (a los funcionarios), pero tiene razón (Cárdenas), pedimos lealtad a ciegas al proyecto de transformación, porque el pueblo nos eligió para eso, para llevar a cabo un proyecto de transformación, para acabar con la corrupción, para acabar con los abusos, para llevar a cabo un gobierno austero" (López, 2020).

Más allá de si tiene o no la capacidad para desempeñar las tareas de gobierno, se puede observar como para López Obrador (no es el único líder que ha optado por esta disyuntiva, pero sí el que lo ha expuesto de manera más abierta y directa) la lógica de un funcionamiento con base en la capacidad profesional queda de lado sustituyéndola por las capacidades informales, talentos u otros aspectos que para el líder carismático tienen importancia. Bien es sabido que para López Obrador lo que pesa más es la honestidad que la experiencia (Animal político, 2019), se puede ser un completo inexperto para desempeñar un cargo público, pero sí se es honesto tiene la puerta abierta al gobierno obradorista. Como deduce Weber

La dominación carismática, como algo de carácter extraordinario, se opone radicalmente tanto a la dominación tradicional, especialmente a la patriarcal y patrimonial y a la estamental. La dominación racional y la dominación tradicional son formas de dominación ordinarias, mientras que la

dominación genuinamente carismática es totalmente lo contrario (Weber, 2016: 125).

Pasemos ahora al cuarto punto, que Weber denomina botín o los “medios materiales” de los que se sirven los líderes carismáticos para consolidar su poder. Para Weber existen diversas formas que la dominación carismática constituye para obtener sus ingresos y que no tienen nada que ver con la economía ordinaria organizada de modo tradicional o racional. Estas formas que la dominación carismática constituye son, en cierto modo, parasitarias y clientelares que incentivan la trampa, la astucia, la ventaja y siendo temerarios hasta el crimen violento

Las formas típicas de cubrir las necesidades en una dominación carismática son, por una parte, el mecenazgo a gran escala (donaciones, fundaciones, sobornos) o mendigando recursos; por otra parte, están el botín, la extorsión violenta o (formalmente) pacífica. Desde el punto de vista de una economía racional, la dominación carismática es un poder típicamente antieconómico, pues rechaza involucrarse en el mundo cotidiano. Lo único que puede “tolerar”, y con una actitud interna de indiferencia, son actos ocasionales e irregulares de adquisición de recursos. El “vivir de las rentas” como forma de prescindir de la economía puede constituir el fundamento económico de las personas carismáticas - para algunos tipos (Weber, 2016: 127).

Fijémonos en los casos de los populistas Hugo Chavez en Venezuela, Daniel Ortega en Nicaragua y Nayib Bukele en El Salvador, para ilustrar este punto. Empecemos por Hugo Chávez, figura carismática que controló gran parte de la política venezolana durante más de diez años y que respaldó a su régimen “revolucionario” en el apoyo incondicional de las fuerzas armadas bolivarianas. La estrategia de Chávez fue convertir al gobierno y a la administración pública en un botín de guerra que repartió entre los militares más leales y así consolidar su poder, generando una simbiosis entre la corrupción y el ejército bolivariano, el cual ha estado implicado en una amplia gama de actividades criminales, incluyendo el

contrabando de gasolina, la minería ilegal y otros esquemas de corrupción, entre los que se destaca el narcotráfico (InSight crime, 2021).

Como lo observa Deborah Norden, doctora en ciencias políticas y profesora en el Whittier College, desde el momento en que Hugo Chávez tomó el control del gobierno inició un proceso de transformación en Venezuela dentro del cual los militares ocuparon un lugar medular. Para garantizar su control sobre las fuerzas armadas, Chávez incorporó a militares al gobierno, promovió a oficiales leales y buscó la construcción de una serie de valores compartidos, basados en los ideales socialistas y antiimperialismo, además de asignarles nuevos roles internos. Esto dio paso a una convergencia entre la política militar del gobierno y sus políticas de seguridad y defensa que le permitió ganar una cierta autoridad sobre las fuerzas armadas logrando mantener el control civil (Nueva sociedad, 2008).

Otro de los casos, es el de Daniel Ortega, actual presidente de Nicaragua y que lleva en el poder más de 13 años. Tras el triunfo de la revolución sandinista en los años ochenta, Daniel Ortega se consolidó como uno de los actores revolucionarios más preponderantes y de mayor envergadura del país. Con una fuerte influencia sobre el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), movimiento que abanderó la revolución, Ortega se convirtió en el nuevo gobernante del país (tras poner fin a la dictadura de la Familia Somoza) que bajo la Junta de Reconstrucción Nacional de Nicaragua planificó las bases para la transformación del país en manos de los revolucionarios (Ontiveros, 2018).

Sin embargo, tras el fracaso de su gobierno y una serie de derrotas electorales en el lapso de los años noventa y principios de los años dos mil, Daniel Ortega abandonó la política hasta su regreso en 2006 cuando volvió a ganar las elecciones presidenciales y erigirse como el nuevo gobernante de Nicaragua. Ya en el poder, Ortega dedicó todas sus energías para perpetuarse en la presidencia y afianzar su poder. Como lo advirtió Rogelio Núñez, periodista y profesor de la Universidad de los Andes en Chile, tras su triunfo en 2006

El futuro gobierno de Daniel Ortega no tendrá nada que ver con la experiencia sandinista de los años 80, ni será una adaptación del chavismo

en el país centroamericano. Se tratará de algo más simple y más conocido: Ortega será el máximo defensor del régimen vigente, caudillista y clientelar, construido en los años 90 por Arnoldo Alemán y el propio Ortega (...) En lo que no cambiará Ortega es en considerar al Estado nicaragüense como patrimonio personal. Gracias a la "piñata" del 89-90 (cuando los sandinistas se repartieron entre ellos los bienes expropiados a los somocistas convirtiéndose así en prósperos empresarios) y al pacto con Alemán en el 98, Ortega, como bien demuestran las cifras electorales, cuenta con una masa fiel de partidarios vinculados a él por favores y prebendas. Ésa es su clientela, y como buen cacique, su primer cometido será protegerles del peligro de que sus bienes, oscuramente obtenidos, corran peligro. El segundo será que el sandinismo no pierda las cuotas de poder e influencia que ostenta sobre el Estado, al cual mantiene virtualmente secuestrado, al menos al cincuenta por ciento (CADAL, 2006).

Este clientelismo caudillista lo llevó a su máxima expresión cuando convirtió al gobierno nicaragüense en un coto de poder familiar, logrando consolidar un poder autocrático que se recargó en la milicia revolucionaria del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) forjando un sistema político que lo concentró en sus manos, en palabras de Edmundo Jarquín "Daniel Ortega ha consolidado un poder personal y familiar, como nadie antes en la historia moderna de Nicaragua, incluido los Somoza. Ha constituido un régimen sultanístico, en que la voluntad e intereses del sultán se confunden con los del Estado" (Salinas, 2016).

El caso de Nayib Bukele no es distinto a los dos casos presentados con anterioridad. El actual presidente de El Salvador que tomó protesta en 2019, con tan solo dos años de gobierno - de cinco que dura el cargo – ha destituido a varios magistrados de la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia (CSJ) al titular de la Fiscalía General de la república (Vera, 2021) por el simple de hecho de estorbar a sus planes de gobierno, en cambio, se ha acercado a las fuerzas militares a los que ha exaltado públicamente queriéndose congratular con ellos. En esta lógica Bukele los ha elegido para amedrentar a sus opositores, extralimitando su labores militares para su conveniencia al colocarlos como garantes de la estabilidad del país y de la política, en pocas palabras, los ha designado sus



aliados por encima de los órganos de gobierno legalmente instituidos, de los grupos de la oposición y el combate a las maras (organización criminal), así lo dejó ver en un discurso pronunciado en mayo de 2021 como parte de la ceremonia de juramento de 130 cadetes en el marco del Día del Soldado Salvadoreño que se celebra cada 7 de mayo

Como comandante general de la Fuerza Armada y en nombre del pueblo salvadoreño, al que represento como presidente de la República, quiero reiterarles nuestro agradecimiento por ayudar a salvar a la patria de nuestros enemigos internos y externos (...) "los ataques ahora ya no son externos, sino que también son internos. Esas pequeñas voces que atacan a la Fuerza Armada (...) Los que son una pequeña minoría hacen mucho ruido. Les gusta criticar porque no hacen nada y porque en el fondo envidian a los hombres y mujeres de valor que sí están trabajando por nuestra patria (El universal, 2021).

Como podemos observar, tanto Hugo Chávez como Daniel Ortega y Nayib Bukele, encontraron una solución poco moral pero muy efectiva y práctica para asegurar los medios materiales y fortalecer su poder. Los tres convirtieron al gobierno en un botín fácil de explotar dejando que sus incondicionales ocuparan preponderancia en los órganos administrativos al mismo tiempo que les otorgaba un control directo sobre este, renunciando a los estatutos legales para sobreponer la fuerza.

Hablemos ahora del último punto que señala Weber: el poder transformador del carisma, que en palabras del autor "es el gran poder revolucionario en épocas tradicionalistas" (Weber, 2016: 128). A pesar de que gran parte de los populistas recurren a una exaltación de las pasiones populares y esto no podría clasificarse como algo revolucionario, el quiebre que logran hacer estos personajes carismáticos es revolucionario en el sentido que transforman radicalmente todo el espectro social imbuyéndolo en su forma de ver el mundo, al grado de personalizarlo

El carisma puede generar una transformación desde dentro, que nacida por necesidad o admiración, signifique una transformación radical de las actitudes básicas y de la orientación de las acciones con una orientación

totalmente nueva de todas las actitudes respecto a todas las formas de vida concretas y respecto al “mundo” en general. En las épocas anteriores al racionalismo, la tradición y el carisma se dividen casi todas las orientaciones de la acción (Weber, 2016: 128).

Unos pocos ejemplos bastan para dejar claro el planteamiento de Weber. El primero lo podemos observar en la figura de Adolf Hitler, que tras su triunfo la sociedad alemana dio un giro radical dejando atrás la penosa derrota de la primera guerra mundial y el experimento democrático de la República de Weimar, para dar paso a una nación repleta de esvásticas, marchas militares, nuevos cuerpos armados para hacer de la guerra una hazaña nacional y de Alemania un bunker (la famosa Schutzstaffel [SS] o “escuadras de protección” que se encargaron de sembrar el terror, primero en Alemania contra los enemigos del régimen nazi y después, por toda Europa tras el comienzo de la segunda guerra mundial, capturando judíos y sirviendo como tropas de exterminio), la exaltación del nuevo orden representado por el partido nazi y sus jefes como lo fueron Joseph Goebbels (Ministro de propaganda), Martin Borman (Jefe del partido nazi), Heinrich Himmler (Comandante en jefe de las SS) y Joachim von Ribbentrop (Ministro de Asuntos Exteriores), la reconquista de la grandeza alemana y del territorio europeo para darle vitalidad (Lebensraum) a la Alemania hitleriana y la autoridad suprema del hombre fuerte

La edificación del mito de Hitler fue un logro extraordinario de propagandistas que supieron manipular las nociones de “liderazgo heroico” promovidas en la Alemania por la derecha nacionalista, mucho tiempo antes de la aparición del partido Nacional Socialista. Desde su unificación “a sangre y fuego” por el “Canciller de Hierro” Bismarck, Alemania fue testigo de cómo crecían en número clubes, ligas, asociaciones, círculos políticos y partidos conservadores que promovían la idea de un liderazgo ideal encarnado en un hombre dueño de excepcionales cualidades, reflejadas en los implacables, decididos e intransigentes valores cuartelarios. Después de la abdicación del *Káiser* y el fin del viejo orden político, esta necesidad de advenimiento de un salvador de la patria se acentuó. Urgía lograr un “nuevo comienzo” que restaurara la patria en un

conglomerado nacional étnicamente puro y socialmente armonioso. La extrema fragmentación política de la República de Weimar no hizo sino alentar dichas aspiraciones chauvinistas. Al arribar la convulsa década de los años treinta ya había un hombre que reclamaba para sí esa misión sagrada de despertar a Alemania y restaurar la grandeza del país. Este hombre era un tal Adolf Hitler (Aguirre, 2014: 63-64).

El segundo ejemplo lo representa Mussolini que al tomar el poder y suprimir a sus enemigos convirtió a la Italia monárquica en una Italia a su imagen y semejanza, una Italia de corte fascista, una Italia exaltadora de la violencia. El *Duce* como se autodenominó Mussolini, emborrachó a los italianos con las promesas de una nueva época romana y los italianos ebrios se enarbolaron en las banderas del fascismo y el “haz de lictores”<sup>13</sup>. Como lo dijo de forma sarcástica el escritor italiano Curzio Malaparte, contemporáneo de Mussolini, “Mientras los italianos le han creído un gran jefe, han hecho grandes cosas. Cuando han comprendido que era un pequeño calculador, le han abandonado” (2013: 75). Para Pedro Arturo Aguirre

El *Duce* fue pionero en la explotación de los riquísimos potenciales políticos que ofrecían los medios de comunicación masiva, con los que glorificó su imagen hasta proyectarla como la de un mesías (...) Fueron instrumento de Mussolini su constante evocación del Imperio romano, su grotesco nacionalismo, su desbocado voluntarismo, algunas travesuras de la *Realpolitik* que arañó de Maquiavelo y su arrolladora energía para hacerse una tan inescrupulosa como ingente autopublicidad que le permitió construir un poder casi absoluto en la díscola, desordenada, vaciladora y turbulenta Italia (Aguirre, 2014: 69).

---

<sup>13</sup> Se trata del símbolo que los fascistas incluyeron en su característica bandera compuesto por la unión de 30 varas de madera, atadas en forma de cilindro con una cinta de cuero de color rojo, que sostienen un hacha. Se trata de un símbolo que representa la fuerza de la unión,

Un último ejemplo lo tenemos en el “supremo líder” Kim Il – Sung (1912-1994), quien fuera un político y militar norcoreano creador de la patética ideología juche<sup>14</sup>, amo y señor durante más de 30 años de la República Popular Democrática de Corea del Norte, desde su creación en 1948. La llegada al poder de Kim Il – Sung rápidamente transformó cada espacio de aquel pequeño país enclavado entre las fronteras de China y Corea del Sur (su acérrima enemiga). La personificación del régimen a la imagen y semejanza del amado líder se basó en la exaltación de todas sus acciones, como el día de su nacimiento, la edificación de figuras y estatuas por todo el país, así como un sinfín de títulos honoríficos que le congratularon sus aduladores como el de “Mariscal Padre”. No hay mejor testimonio que el de Pedro Arturo Aguirre para describir esta orgía de exaltación

Resulta difícil encontrar en la realidad un mejor ejemplo de la pesadilla imaginada por George Orwell en su novela 1984 que el régimen de Kim Il – sung, una dictadura muy por encima de lo simplemente “totalitario”<sup>15</sup>. Amparado en un gran físico y en una voz de bronce atronadora, dirigió como quizá nadie antes ni después ha dirigido los destinos de una nación sometida, adoctrinada...empobrecida...muy empobrecida (...) Controlaba Kim desde la vida sexual de los norcoreanos hasta su trabajo, su ocio y su pensamiento. Tampoco tuvo ningún reparo en reescribir la historia para inventar su leyenda como héroe mítico y estadista inigualable. Trazó su epopeya y se elevó el mismo a los altares (2014: 119).

Como podemos observar, si los populistas no quieren perder parte de su carisma tienen que explotar a la perfección los puntos señalados por Weber. Ningún líder carismático será lo moralmente decente para dejar de prescindir de estas estrategias por más puritanos que sean sus discursos. Dirán que combatirán la

---

<sup>14</sup> Bajo esta ideología, la dinastía que fundó Kim Il – Sung se ha intentado legitimar cooptando el poder en ese país norcoreano desde hace más de 50 años. La sucesión de poder ha pasado del abuelo (Kim Il – Sung) al padre (Kim Jong-il) en los años noventa y en estos últimos años al nieto (Kim Jong-un) diluyendo toda especie de apertura democrática.

<sup>15</sup> Esto no quiere decir que el populismo sea totalitarista, sino que los líderes que gobiernan estos tipos de regímenes denotan ciertos rasgos populistas.

corrupción mientras solaparán los actos de saqueo de sus allegados, siempre y cuando les sean fieles o les produzcan beneficios; atacarán a las élites predatoras mientras ellos edifican cúpulas de poder que concentren los órganos de dominio; alabarán al pueblo con palabras de voluntarismo revolucionario siempre y cuando acepten sus locuras y desvaríos, en la opinión de Chantal Delsol “Los populistas defienden los valores de la fidelidad, la solidaridad, la honestidad (...) Mientras la antigua moral del heroísmo ha dejado su lugar a una moral de la victimización, los grupos populistas continúan defendiendo el heroísmo” (Delsol, 2016: 60).

Sin embargo, estos valores tan pregonados por los populistas tienen un doble racero: crear una atmósfera aceptable para su público y colocar en un pedestal su forma de gobierno, su legado, en una lógica que proclame “la pureza del populista que nos gobernó no volverá”. No es coincidencia que la mayoría de los líderes populistas piensen que con sus gobiernos y después de sus gobiernos, los males que padecía la nación se solucionaron, argumentando que toda acción que procurase resarcir los daños hechos por sus locuras es un claro atentado a la “obra magnánima” en pos del pueblo y su felicidad que ellos emprendieron.

Para los líderes populistas, que se busque despersonalizar el aparato administrativo desmitificando su figura carismática es un grave peligro para sus propósitos y la de sus seguidores, pues obstaculiza el perpetuar sus formas de accionar político para mantener el poder, en palabras de Weber

Solamente un reducido grupo de discípulos o seguidores entusiasmados está permanentemente dispuesto a “hacer” de esta “vocación” su vida en un sentido ideal. La mayor parte de los discípulos o de los seguidores quiere, a largo plazo, hacer de esta “vocación” su vida en un sentido material y tiene que hacerlo así si no quiere desaparecer. Por esta razón, se produce una transformación del carisma mediante la atribución del poder y de las ventajas económicas a los discípulos o a los seguidores y mediante la regulación del reclutamiento (Weber, 2016: 135).

Esta necesidad de perpetuar su mandato carismático se puede ver en gran parte de líderes populistas cuando buscan al elegido que continúe su encargo. Por

ejemplo, en Venezuela antes de su muerte Hugo Chávez le confirió todo el poder a Nicolás Maduro para continuar con la “revolución bolivariana”, no por su capacidad para la resolución de problemas sino por ser uno de sus seguidores más entusiastas; en Ecuador Rafael Correa ungió a Lenin Moreno como su sucesor, no porque Lenin fuera un personaje con aptitudes para la profesión pública sino por ser adepto de la causa correista.

Esta transformación del carisma -como lo aduce Weber- adopta distintas formas típicas (Weber, 2016: 135-137):

1) El reclutamiento se hace según el carisma personal: los discípulos o los seguidores pueden establecer normas para este proceso de transformación, sean normas sobre el nivel de educación exigible o normas que permitan probar a los candidatos. El “carisma” solo puede “despertarse” y “probarse”, no puede “aprenderse” ni “inculcarse”.

2) Variación en las normas de carácter carismático: las normas de carácter carismático pueden transformarse fácilmente en normas de carácter tradicional – estamental. Si funciona el carisma hereditario para el líder, también podrá funcionar como criterio de selección para el aparato administrativo e incluso seguidores.

3) Un aparato administrativo de recompensas: el aparato administrativo puede fomentar la creación y la atribución a sus miembros de cargos *individuales* y ventajas económicas, se formarán entonces, según si la transformación desemboca en una forma tradicional o en una forma legal, a) beneficios, b) cargos o c) feudos. En el primer caso resultará una organización de carácter prebendario; en el segundo, una de carácter patrimonial o burocrático, y en el tercer caso, feudalismo. Y se atribuirán entonces estas fuentes de recursos, que vienen a sustituir al aprovisionamiento originario procedente del botín o de las donaciones del mecenas.

Esta transformación del carisma busca asegurar el lugar del líder populista en el poder legitimando su posición social de gobernante y las posibilidades económicas

de los seguidores del gobernante. También adaptar la estructura de gobierno al formato que le dé el líder carismático y su camarilla (Weber, 2016: 141).

Asociado a esto, una vez que los populistas se convierten en líderes carismáticos, la mayoría presentará un patrón de comportamientos específicamente definidos (estos patrones no tienen nada que ver con las tipologías que más adelante se tocarán) tanto en aquellos que se consideran populistas de derecha como populistas de izquierda, como lo menciona Krauze en un perspicaz ensayo (El país, 2005):

1) El populista no sólo usará y abusará de la palabra: se apoderará de ella. La palabra es el vehículo específico de su carisma. El populista se siente el intérprete supremo de la verdad general y también la agencia de noticias del pueblo. Habla con el público de manera constante, atiza sus pasiones, “alumbrar el camino”, y hace todo ello sin limitaciones ni intermediarios.

2) El populista fabricará la verdad. Los populistas llevan hasta sus últimas consecuencias el proverbio latino “Vox populi, Vox dei”. Pero como Dios no se manifiesta todos los días y el pueblo no tiene una sola voz, el gobierno “popular” interpreta la voz del pueblo, eleva esa versión al rango de verdad oficial, y sueña con decretar la verdad única. Como es natural, los populistas abominan la libertad de expresión. Confunden la crítica con la enemistad militante, por eso buscan desprestigiarla, controlarla, acallarla.

3) El populista utilizará de modo discrecional los fondos públicos. No tiene paciencia con las sutilezas de la economía y las finanzas. El erario es su patrimonio privado que puede utilizar para enriquecerse y/o para embarcarse en proyectos que considere importantes o gloriosos, sin tomar en cuenta los costos.

4) El populista repartirá directamente la riqueza. Lo cual no es criticable en sí mismo (sobre todo en países pobres hay argumentos sumamente serios para repartir en efectivo una parte del ingreso, al margen de las costosas burocracias estatales y previniendo efectos inflacionarios), pero el populista no reparte gratis: focaliza su ayuda, la cobra en obediencia.

5) El populista alentará el odio de clases. Las revoluciones en las democracias, explica Aristóteles, son causadas sobre todo por la intemperancia de los demagogos. El contenido de esa “intemperancia” fue el odio contra los ricos: “Unas veces por su política de delaciones... y otras atacándolos como clase (los demagogos) concitan contra ellos al pueblo”. Los populistas corresponden a la definición clásica, con un matiz: hostigan a los ricos” (a quienes acusan a menudo de ser “antinacionales”), pero atraen a los empresarios patrióticos que apoyan al régimen. El populista no busca por fuerza abolir el mercado: supedita a sus agentes y los manipula a su favor.

6) El populista movilizará permanentemente a los grupos sociales. El populismo apela, organiza, enardece a las masas. La plaza pública es un teatro donde aparece “Su Majestad El Pueblo” para demostrar su fuerza y escuchar las invectivas contra “los malos” de dentro y fuera.

7) El populismo fustigará por sistema al “enemigo exterior”. Inmune a la crítica y alérgico a la autocrítica, necesitado de señalar chivos expiatorios para los fracasos, el régimen populista (más nacionalista que patriota) requiere desviar la atención interna hacia el adversario de fuera.

8) El populismo despreciará el orden legal. Hay en la cultura política iberoamericana un apego atávico a la ley natural y una desconfianza a las leyes hechas por el hombre.<sup>16</sup>

9) El populismo minará, dominará y, en último término, domesticará o cancelará las instituciones de la democracia liberal. El populista abomina los límites a su poder, los considera aristocráticos, oligárquicos, contrarios a la “voluntad popular”.

Por todo lo dicho anteriormente, podemos argüir que la figura del líder populista mantiene grandes rasgos carismáticos con los cuales se sirve para ejercer dominio sobre un grupo de personas, esto en clave democrática es mantener un poder omnímodo no solo sobre sus seguidores sino también sobre la base del

---

<sup>16</sup> Esto no quiere decir que los populistas en otras partes del mundo respeten y enaltezcan el orden legal. La mayoría de los líderes populistas intentarían violar la ley para sus intereses.



gobierno. A través de sus proyectos políticos los populistas se encaminan a la realización de sus formas caprichosas de ver el mundo y porque no, tratar de solucionarlo al costo que sea.

Aclarado el carisma como condición general y rasgo característico de todo líder populista, es momento de pasar al análisis de los tres tipos de líderes populistas que proponemos y que suelen aparecer en las democracias atentando contra las reglas del juego y las libertades civiles. Si bien existe una condición general en el líder populista (el carisma), estas tipologías desean mostrar las particularidades que definen a un populista como iluminado, paranoico o farsante. Cabe mencionar que tanto el nazismo, como el fascismo y el socialismo mantuvieron sus cargas ideológicas intactas, sin embargo, fueron sus exponentes los que mostraron un uso desproporcionado de la doctrina del pueblo.

Antes de pasar al estudio de cada tipología, haremos un retrato breve sobre lo que implica cada caso concreto: 1) los populistas iluminados son aquellos que creen que tienen una fuerza particular “divina” con la que cambiaran el rumbo de la historia, estos populistas apalean a su moralidad como punta de lanza que viene a sanear el perturbado y vicioso sistema político, a menudo recurren a las metáforas de corte divino para representar sus movimientos y figuras; 2) los populistas paranoicos (los más peligrosos) suelen enfatizar en su discurso el odio totalitario al enemigo o al extraño, este tipo de populistas utiliza a las fuerzas del estado para minar a aquellos que critiquen su forma de gobierno, ven conspiraciones todo el tiempo que tienen como objetivo derrocar sus mandatos, mantienen un control ferrero sobre sus allegados de los que también desconfían y frecuentemente buscan el confrontamiento directo con sus opositores; 3) los populistas farsantes son aquellos que exageran sus hazañas denotando claramente una construcción de la realidad que solo habita en sus cabezas y la de sus seguidores, la farsa se convierte en una modalidad de gobierno que se enraíza en todos los espacios de la sociedad buscando difuminar la realidad.

**TABLA 2 TRES TIPOLOGIAS DE LIDERES POPULISTAS**

	Peculiaridad	Esencia	Líderes políticos con estos rasgos	Tendencia
Tipos de populistas	<i>Iluminados</i>	Este tipo de populistas tienen la idea de que sus liderazgos poseen una fuerza sobrehumana que va a cambiar el destino de su nación	Lenin (Rusia), López Obrador (México), Hugo Chávez (Venezuela), Juan Domingo Perón (Argentina)	Por lo regular cuando este tipo de personajes aparece en una democracia el tipo de gobierno que se ejerce tiende al caudillaje
	<i>Paranoicos</i>	Los populistas paranoicos suelen ser los más agresivos en sus discursos. Son conspiranoicos por natura	Jair Bolsonaro (Brasil), Hitler (Alemania), Daniel Ortega (Nicaragua), Viktor Orbán (Hungría), Recep Erdogan (Turquía), Robespierre (Francia), Mao (China)	Cuando un populista paranoico aparece en una democracia el tipo de gobierno que se ejerce tiende a la dictadura
	<i>Farsantes</i>	Los populistas farsantes suelen exagerar sus hazañas presentando una realidad que solo existe en su cabeza	Donald Trump (Estados Unidos), Mussolini (Italia), Vladimir Putin (Rusia), Boris Johnson (Gran Bretaña)	Por lo regular cuando un populista farsante aparece en escena en la democracia el tipo de gobierno que se ejerce tiende al autoritarismo

Fuente: Elaboración propia.

### *Populistas iluminados*

Los populistas iluminados se han distinguido por ser aquellas personas que creen que tienen poderes especiales por sobre todos los individuos que los rodean. Piensan que solo ellos tienen una moral impetuosa y que su forma de ver la vida

es la única que cabe en el mundo. Si alcanzan el poder, este tipo de populistas hablarán de una purificación de la sociedad a partir de sus preceptos y sus directrices. Se proponen a cambiar la historia bajo el imperativo de la esperanza y suelen aparecer como líderes bondadosos que dan la mano a todas aquellas personas desprotegidas y marginadas de la sociedad.

Los populistas iluminados buscan por sobre todas las cosas erigirse los salvadores de la nación. Al frente de sus movimientos, partidos políticos o grupos de apoyo, estos populistas iluminados imaginan que están librando una lucha para liberar al pueblo del yugo de la “opresión”. Los populistas iluminados son más enfáticos en lanzar promesas que hablen de una instauración de la felicidad en la tierra aspirando a convertirse en dioses terrenales que sean alabados por sus seguidores en una especie de culto a la personalidad, como lo observa Pedro Arturo Aguirre

El culto moderno se apoya en la idea de que es necesario un hombre “providencial” para gobernar a los hombres. El héroe definitivo encarna prácticamente a toda su tipología: es profeta, sacerdote, poeta, maestro, padre. Es aquel cuya voluntad se subordinan las voluntades de todos los demás. El gobierno del héroe es superior a cualquier forma de gobierno, Ni urnas, ni partidillos políticos, ni ridículas elocuciones parlamentarias, ni la redacción de constituciones ni la incómoda imbricación de maquinarias podrán en absoluto mejorar una pizca al gobierno del héroe (...) El siglo XX, con la revolución de la comunicación de masas y la aparición de las ideologías totalitarias, fue el campo fértil para el renacimiento del culto a la personalidad de los gobernantes en nuevas y aterradoras formas (...) Aprendieron a aprovecharse de las debilidades de los hombres, de su necesidad de adorar, de ser protegidos por una gran padre, de solazarse en la gloria que refleja las conquistas de la guerra, de fascinarse con el espectáculo del poder (Aguirre, 2014: 30-31).

Para John Gray estas manifestaciones que exhiben los populistas iluminados se asemejan a la construcción de cultos religiosos, esto significa que transportan todos los aspectos de la política al campo de la religión “Con la muerte de la

utopía, ha resurgido la religión, pura y descarnada, como fuerza en la política mundial” (Gray, 2017: 16). Los populistas iluminados intentan instaurar gobiernos que rayen en lo divino en donde el “sumo sacerdote” sea el líder todopoderoso y extraordinario. En la lógica de los populistas iluminados no hay imposibles, tienden al pensamiento utópico y en esta búsqueda, pueden arreglar cualquier desafío con tan solo su voluntarismo

La búsqueda de un estado de armonía es el rasgo definitorio del pensamiento utópico y el que revela su irrealidad fundamental (...) En el fondo, se trata de la misma idea de perfección atribuida en algunas tradiciones a Dios. En la religión, la idea de la perfección responde a una necesidad de salvación individual. En la política, expresa un anhelo parecido, pero pronto choca frontalmente contra otras necesidades humanas. Las utopías son sueños de liberación colectiva que, al despertar, vemos convertidos en pesadillas (Gray, 2017: 35).

En esta clasificación de populistas iluminados podemos encontrar a líderes políticos como Vladimir Lenin que como ya lo mencionamos encabezó la revolución rusa; Fidel Castro que dirigió la revolución cubana; Hugo Chávez que encabezó la “revolución bolivariana” o bueno al menos así lo calificó él y sus adeptos; Juan Domingo Perón que capitaneó a mediados del siglo XX la doctrina llamada “Justicialismo” en la convulsa Argentina y López Obrador que tutela el movimiento que ha bautizado como “cuarta transformación”.<sup>17</sup>

Es sabido, por ejemplo que cuando Lenin sobrevivió a un atentado en 1918 sus partidarios celebraron en la prensa su recuperación revistiéndolo con un aureola de invencibilidad ascendiendo su figura a los peldaños del mito. Rápidamente su imagen retacó todos los espacios de la Rusia comunista: Lenin no había sobrevivido por cuestiones técnicas relacionadas con la salud, sino por tener una fuerza especial por ser una divinidad (La vanguardia, 2019).

---

<sup>17</sup> Es importante señalar que la gran mayoría de los líderes políticos cuentan con un grado de carisma que les permite posicionarse en el poder. La contraposición del político carismático es el burócrata profesional el cual es un técnico del gobierno.

Por otro lado, cuando la figura de Fidel Castro comenzó a adquirir más fuerza y la revolución se había estatizado, las composiciones celebres hacia el caudillo revolucionario no se hicieron esperar colocándolo como la máxima expresión de la divinidad popular, como la siguiente melodía compuesta en su honor que lleva por nombre *canción de gesta* (Aguirre, 2014: 154)

Fidel, Fidel, los pueblos te agradecen  
palabras en acción y hechos que cantan,  
por eso desde lejos te ha traído  
una copa de vino de mi patria:  
es la sangre de un pueblo subterráneo  
Que llega de la sombra a tu garganta,  
son mineros que viven hace siglos  
sacando fuego de la tierra helada (...)  
Esta es la copa, tómala Fidel  
está llena de tantas esperanzas  
que al beberla sabrás que tu victoria es como el viejo vino de mi patria:  
no lo hace un hombre sino muchos hombres y no una uva sino muchas  
plantas: no es una gota sino muchos rios:  
no un capitán sino muchas batallas.  
Y están contigo porque representas  
todo el honor de nuestra lucha larga,  
y si cayera Cuba caeríamos  
y vendríamos para levantarla,  
y si florece con todas sus flores  
florecerá con nuestra propia savia.

Y si se atreven a tocar la frente de Cuba por tus manos libertada

encontrarán los puños de los pueblos,

sacaremos las armas enterradas:

la sangre y el orgullo acudirán a defender a Cuba bien amada.

Dentro de esta clasificación otra buena manifestación de populismo iluminado lo tenemos en la figura de López Obrador, cuando este, en una conferencia matutina se comparó con Jesucristo y al movimiento que encabeza, la “cuarta transformación”, con el cristianismo, pretendiendo hacer una alegoría entre las fuerzas que buscan el bien, él y sus seguidores o sea los transformadores de la nación, contra las fuerzas que buscan el mal, es decir la oposición que busca regresar al poder y a un régimen conservador

Me van (a) criticar, pero lo voy a decir. Miren, ¿por qué sacrificaron a Jesús Cristo? ¿Por qué lo espiaban y lo seguían? Por defender a los humildes, por defender a los pobres, esa es la historia real. Entonces, que nadie se alarme cuando se mencione la palabra cristianismo. Cristianismo es humanismo (Aristegui noticias, 2019).

Cuando los populistas iluminados se apoderan de las democracias bajo las reglas del juego (participar en las elecciones de manera legal), tienden a perfilar esta forma de gobierno hacia una especie de caudillaje en donde solo ellos quieren ser los indicados para tomar las decisiones en todos los ámbitos de la vida pública. No actúan de forma deliberada contra sus opositores sino que buscan asfixiarlos por otros medios como pueden ser la supresión en los medios de comunicación o la cooptación de los órganos de gobierno para retener el poder.

Los populistas iluminados dirán que ellos apoyan la democracia y que están a favor de abrir la arena política a todos los actores sociales, pero en la realidad, serán reacios a reconocer las demandas y exigencias que dichos actores pudiesen hacer a sus gobiernos acusándolos de antipatriotas o detractores del pueblo, como lo harían Fidel Castro en contra de los homosexuales y los sacerdotes casi después de llegar al poder (BBC, 2010), López Obrador contra las

organizaciones feministas y grupos empresariales (Manetto, 2021; Milenio, 2018), Hugo Chávez contra la oposición política (Vinogradoff, 2011) y Juan Domingo Perón contra los oligarcas (Goñi, 2016).

En conclusión, los populistas iluminados serán aquellos líderes políticos que surgen en las democracias con promesas de cambios radicales intentando instaurar utopías que en la realidad son imposibles de llevar a cabo. El insumo que ofrecen a sus seguidores será la esperanza de un futuro maravilloso que ira de la mano de su manto celestial. Aquellos que acepten estas directrices divinas tendrán el paraíso asegurado mientras los que se opongan a estos cambios serán enviados al “basurero de la historia” donde se encuentran los rivales de la patria, las “sanguijuelas del pueblo” y los “gusanos” garantes del viejo orden.

En el juicio de los populistas iluminados solo hay dos caminos que los mortales aquellos a quienes gobiernan deben elegir: acompañar al líder, dios terrenal entre los hombres, con un fervor religioso casi fanático, sin cuestionar sus errores o, los que han tomado el camino del mal, aquellos que no se creen sus habladurías y desvaríos y que deciden emprender la crítica a sus proyectos, la sátira a su persona y la oposición política bajo el camino de la organización civil y el partidismo político.

### *Populistas paranoicos*

Los populistas paranoicos son un caso especial por el simple hecho de ser los populistas más peligrosos. Los populistas paranoicos son aquellos dirigentes que no tienen reparo en ejercer el poder en toda la expresión de la palabra para aplastar a sus rivales, enemigos políticos y detractores que surjan cuando ellos están al mando. No dejaran de prescindir de los discursos elocuentes y la parafernalia que distingue a los populistas. Puede ser que sean menos enfáticos en pintarse como los salvadores de la nación o que se vean asimismo como dioses terrenales, sin embargo, poseen rasgos megalómanos y procuran presentar su imagen como líderes severos con los que ninguna persona se debe de meter.

Estos populistas paranoicos son oscuros y no les da aflicción exhibirse como personajes poco cultos que recurren a la violencia verbal o física, son majaderos y pasan por alto los protocolos gubernamentales, no solo de sus gobiernos sino también de los gobiernos extranjeros manifestando una vulgaridad característica que raya en lo incómodo. Para los populistas paranoicos no existen ni aliados confiables ni colaboradores seguros y menos pueblos leales aunque en sus discursos exalten a las masas, siempre persiste el recelo: los amigos de hoy se pueden convertir en los enemigos del mañana. Para los populistas paranoicos todos son traidores en potencia y por ello, quienes adopten el papel de sicofantes serán los únicos que sirvan a la causa del líder pues como dice Frank Dikötter historiador holandés, fomentan su delirio (Dikötter, 2019: 20).

Si bien, la mayoría de populistas crean a un enemigo en común para fortalecer y legitimar sus proyectos políticos, en los populistas paranoicos, su lógica se quebranta por completo y comienza a prevalecer el fantasma de la conspiración que engloba desde acabar con sus gobiernos desterrando sus preceptos hasta su eliminación física “Las conspiraciones reales se mezclan con las que ocurren sólo en la cabeza del caudillo delirante, que las convierte en blanco de su furia” (Romero, 2019).

Para los populistas paranoicos los golpes de Estado, las revoluciones sociales, la insurrección en todas sus modalidades y los golpes de Estado blando<sup>18</sup> son una posibilidad constante, por ello viven en un estado de emergencia transformando sus odios en objetivos políticos (Romero, 2019). Como lo dice Manuel Rodríguez Rivero, intelectual español, bajo los regímenes conspiranoicos “La manipulación de las masas con teorías de la conspiración más o menos 'blandas' está presente por doquier” (El país, 2021).

---

<sup>18</sup> La expresión ha sido atribuida al politólogo estadounidense Gene Sharp y es el uso de un conjunto de técnicas no frontales y principalmente no violentas de carácter conspirativo, con el fin de desestabilizar a un gobierno y causar su caída, sin que parezca que ha sido consecuencia de la acción de otro poder.



Para Jorge Javier Romero, académico y politólogo mexicano, las sociedades son susceptibles a la seducción de los paranoicos porque, en condiciones de información incompleta y asimétrica, las lógicas perfectas que construyen este tipo de líderes paranoicos – excluyen de los argumentos que los contradicen y resaltan aquellos argumentos que los refuerzan – resultan convincentes, sobre todo en circunstancias críticas, ya sean catástrofes naturales, crisis económicas o amenazas externas (Revista de la Universidad de México, 2019).

Por esta razón cuando vemos a este tipo de populistas en acción los rasgos que predominan son el instinto depredador, la desconfianza hacia todo aquello que lo rodea, la agresión al primer momento que creen que su persona se encuentra en peligro y un constante alarde de poder, manifestando que solo ellos tienen las riendas del control y el dominio sobre las personas.

En esta clasificación de populistas paranoicos podemos encontrar a líderes políticos como Maximilien Robespierre<sup>19</sup>, uno de los líderes más destacados de la revolución francesa, anteriormente mencionado; Adolf Hitler, el locuaz dirigente de la Alemania nazi; Jair Bolsonaro actual presidente de la república brasileña; Daniel Ortega hasta la fecha presidente de Honduras, Viktor Orbán primer ministro de Hungría; Recep Erdogan presidente en curso de Turquía; Mao Zedong quien fuera el líder más destacado de la revolución China de mediados del siglo XX; Idi Amin sanguinario líder de Uganda en la década de los años setenta y Kim Jong-un tercero en la saga que gobierna Corea del Norte. Cuando estos líderes populistas se sienten en peligro las manifestaciones de paranoia devienen en las ejecuciones directas de sus rivales, la aprensión de sus fieles y la persecución de su “amado pueblo”.

---

<sup>19</sup>Durante la revolución francesa existieron dos momentos: el primero puede ser denominado como la revolución burguesa que va desde 1789 a 1792 que fue comandada por los actores políticos moderados conocidos como los girondinos; el segundo momento fue la revolución popular que va desde 1792 a 1794 que fue dirigida por los jacobinos hasta la caída de Robespierre. Claramente la retórica de Robespierre fue populista así como la de sus allegados.

Los casos de Jair Bolsonaro, Daniel Ortega, Viktor Orbán y Recep Erdogan, son un ejemplo, el sentido paranoico los ha llevado a actuar de distintas maneras ante los supuestos peligros y conspiraciones que los acechaban, recurriendo a diversas modalidades de violencia propias de este tipo de líderes: Bolsonaro utilizó un discurso agresivo, en el que atacó y amenazó en plena Asamblea de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) a sus enemigos reales e imaginarios (Opendemocracy, 2020); Daniel Ortega recurrió a la represión, silenciando a su pueblo y arrestado a sus opositores y antiguos aliados revolucionarios (El universal, 2021); Viktor Orbán sirviéndose de su poder, lanzó una campaña xenófoba en contra de los inmigrantes, a los que tachó de representar un peligro apremiante para Hungría (Tulbure, 2018), y también atacó la libertad de prensa retirando las licencias de transmisión por radio y televisión a las cadenas que se atrevieron a retar su mandato cuasi dictatorial (Kinga, 2021); y Erdogan en un arranque de locura le declaró la guerra a los intelectuales turcos imputándoles cargos penales por terrorismo tras haber hecho un llamamiento al gobierno para que detuviera las acciones militares contra la población kurda (Miquel, 2016).

Cuando los populistas paranoicos llegan a tomar el poder en las democracias compitiendo electoralmente, se inclinan por acotar el espíritu democrático y las libertades que ofrece esta forma de gobierno, dando espacio para la instauración de modelos dictatoriales. Este tipo de populistas no tienen inconvenientes en ejercer presión sobre los opositores ni mucho menos se preocupan en las críticas que se puedan despertar en el extranjero. Para los populistas paranoicos, los límites institucionales que frenan la cooptación de poder, el ejercicio de gobierno tiránico y el cumplimiento de su voluntad, plantean una desgracia que debe ser eliminada de raíz o por lo menos apartados del panorama político mientras sus proyectos de gobierno se llevan a cabo.

Los populistas paranoicos no son amantes de la democracia y detestan el liberalismo. Apuestan por un Estado policial en el cual se coloquen como los grandes jefes de la pandilla que gobierna. La única razón por la que hacen guiños a la democracia es porque ven en ella un medio para alcanzar el poder. A

diferencia de los populistas iluminados y los populistas farsantes, estos populistas atacan directamente esta forma de gobierno una vez que tienen bajo su control el timón del barco.

En suma, cuando los populistas paranoicos aparecen en una democracia y ganan una elección el peligro de destrucción institucional será inminente: la democracia tendrá un antes y un después. El antes será reconocible, es decir la democracia anterior a la llegada del líder populista; el después, esto es, posterior a la llegada del líder, un lugar extraño.

### *Populistas farsantes*

Los populistas farsantes a diferencia de los populistas iluminados (caracterizados por una personalidad redentora) y los populistas paranoicos (distinguidos por su sentido de persecución) son líderes que se identifican por su cinismo. Para los populistas farsantes la mentira es el arma más valiosa con la que cuentan y de la que se sirven para gobernar. Si los populistas iluminados intensifican la grandiosidad de su persona cuando se comienzan a sentir relegados y los populistas paranoicos incrementan la violencia cuando ven que su poder es desplazado, los populistas farsantes profundizarán las mentiras para mantener a sus adeptos contentos y a raya a sus opositores.

Estos populistas harán de la realidad una ficción cambiándola para su beneficio. Todo lo malo que pase durante su gestión será sosegado para no manchar la investidura del máximo jefe y su gobierno. En su lugar, los populistas farsantes erigirán un relato en el que sus administraciones son una “nueva”, “eficaz” y “eficiente” forma de gobierno que está logrando lo imposible. Estos populistas no aceptarán sus errores y delegarán los errores siempre que los resultados no sean los esperados a sus operarios.

Los regímenes que se encuentran bajo las riendas de este tipo de populistas serán reacios a la transparencia, desestimarán los ejercicios de rendición de cuentas y repudiarán la evaluación de la gestión gubernamental, que son propios de las democracias modernas y sofisticadas para medir su efectividad. Por el

contrario, la única medición aceptable será el consentimiento del “jefe supremo” y la aprobación de sus allegados. Estos populistas pulverizarán a sus opositores, a sus enemigos o aquellos que los cuestionen de una manera poco ética: levantarán acusaciones falsas por medio del aparato judicial; inventarán noticias falsas (fake news) desde el poder de manera mediática a través de los medios de comunicación que estén bajo su dominio o que busquen la congratulación del líder y fabricarán las historias más torcidas para ensuciar la imagen de aquellos que se muestren como sus competidores.

Para los populistas farsantes la desinformación más allá de generar un peligro para su gobierno crea las condiciones necesarias para ejercer un régimen apoyado en el infundio en donde la verdad sea anulada desde el mismo poder, como lo dice al respecto Consuelo Thiers, doctora en política y relaciones Internacionales de la Universidad de Edimburgo “(...) la verdad tiene una importancia secundaria. En términos fáciles, las mentiras no se cuestionan, sino que se crean para fomentar y reforzar prejuicios” (El mostrador, 2020).<sup>20</sup>

Bajo la tutela de los populistas farsantes, la verdad se erige como el “enemigo público” número uno del gobierno y al igual que lo hacían los líderes fascistas del siglo XX cooptan esta palabra para desfigurar su significado y abrir paso a sus desvaríos distorsionando la realidad adaptando su relato a la victoria, la gloria y el éxito, los únicos imperativos que intentan potencializar, en palabras de Federico Finchelstein

Los líderes (...) prominentes del siglo XX (...) consideraban que las mentiras eran la verdad tal como se encarnaba en ellos mismos. Esta idea era fundamental para sus concepciones del poder, la soberanía popular y la historia. Un universo alternativo donde verdad y falsedad no pueden distinguirse obedece a la lógica del mito. En el fascismo, la verdad mítica reemplaza a la verdad fáctica. Ahora la mentira parece estar reemplazando cada vez más a la verdad empírica. Cuando los hechos se presentan como

---

<sup>20</sup> Todos los gobiernos del mundo (liberales o conservadores) utilizan la mentira en cierta medida, sin embargo, los populistas farsantes hacen de ella una directriz de gobierno.

fake news y ciertas ideas generadas por quienes niegan los hechos se convierten en políticas de gobierno, debemos recordar que todo lo que se dice hoy sobre la “posverdad” tiene un linaje político e intelectual: la historia de la mentira fascista (Finchelstein, 2021: 19)

Con esta distorsión de la realidad, los populistas farsantes procuran, por un lado, satisfacer a su público, bajo la insignia romana de pan y circo, por otro, arrinconar a sus contrincantes. A diferencia de los populistas iluminados que prometen una abadía terrenal y se enquistan en un “futuro grandilocuente”, los populistas farsantes afirman que bajo su liderazgo los “nuevos tiempos” de felicidad y progreso se están cumpliendo, como si dependiera de una “varita mágica” acabar con los males una vez que ellos ocupan los puestos máximos de gobierno aun cuando sus administraciones sean un desastre en términos económicos, políticos y sociales, y los resultados estén a la vista de todos. De aquí que los populistas farsantes transformen el cinismo en una patología y sus discursos sean una amalgama de prejuicios e irracionalidad “(...) gran parte de su poder político proviene de la impugnación de la realidad, la defensa del mito, la rabia (...) y la promoción de la mentira” (Finchelstein, 2021: 11).

En esta clasificación de populistas farsantes encontramos a personajes políticos como Vladimir Putin actual presidente de la Federación Rusa; Donald Trump quien fuera presidente de los Estados Unidos (2016-2020); Boris Johnson primer ministro del Reino Unido; Silvio Berlusconi quien fuera primer ministro de Italia entre 2008 y 2011; Narendra Modi actual primer ministro de la India y Nayib Bukele presidente en curso de la República de El Salvador.

La mayoría de estos líderes se ha caracterizado por usar la mentira de manera sistemática y perseguir la verdad de forma abierta. Un par de ejemplos aclararán este asunto. Observemos el caso del líder fascista Benito Mussolini, que como señala Finchelstein, para Mussolini la realidad debía seguir imperativos míticos, poco importaba que al principio la gente no estuviera convencida; también había que desafiar su incredulidad. El mito podía cambiar la realidad, pero la realidad no podía representar un obstáculo para el mito. Esta santa verdad del fascismo se

definía también por la imposición de fronteras peculiares entre las verdades fascistas y la naturaleza falaz del enemigo (Finchelstein, 2021: 23).

Otro caso del uso de la mentira sistemática y acallamiento de la verdad, lo encontramos en el líder ruso Vladimir Putin quien desde su asiento en el Kremlin ha empleado sofisticadas “granjas de desinformación” para influir en las decisiones de otros países con fines estratégicos (como las elecciones en 2016 en Estados Unidos a favor de Donald Trump) a través de la propaganda perniciosa, así lo documenta la periodista Maria Sahuquillo

En un complejo de oficinas de San Petersburgo, en Montenegro o en centros de negocios en Ghana o Nigeria. La fábrica rusa de las mentiras, la granja de troles que sembró de bulos la política estadounidense durante la campaña electoral de las presidenciales de 2016, polarizó el debate e interfirió con su propaganda, no se ha desactivado. La granja original ha sido copiada y muchas de sus operaciones se han externalizado. Las operaciones de la máquina de propaganda, que dejó a la vista las vulnerabilidades del sistema y la magnitud y fuerza de las operaciones de injerencia y desinformación de Rusia, se han extendido por Estados Unidos, varios países europeos y algunos de África. Mientras, los gigantes de Internet y los Gobiernos occidentales tratan de plantarle cara; en algunos casos con técnicas no del todo limpias (El país, 2020).

El caso más significativo del uso de la mentira sistemática dentro de esta clasificación, lo representa Donald Trump, un locuaz millonario que durante cuatro años al frente del gobierno de los Estados Unidos impulsó la mentira como palabra sagrada y se lanzó contra la verdad como su enemigo acérrimo número uno. Este populista farsante levantó falsos contra los inmigrantes<sup>21</sup>, los grupos de izquierda y la oposición demócrata, los afroamericanos y las minorías étnicas, desprestigió personalmente al expresidente Brack Obama y cuando la pandemia del covid-19 empezó a causar estragos en ese país por su pésimo papel al frente de la administración para afrontar el desastre pandémico, negó categóricamente las

---

<sup>21</sup> Esto también puede ser clasificado como un acto de racismo.

acusaciones, abocándose al descrédito de la situación de emergencia apoyando a los grupos extremistas que especulaban que la pandemia era un artilugio del “nuevo orden mundial” que buscaba debilitar a los Estados Unidos y al “gran” presidente Trump

El gobierno de Trump marcó un punto de inflexión en la historia de la mentira en política. Si un marciano hubiese seguido el gobierno y la campaña de Trump, no se hubiera imaginado que el virus representa el gran peligro de estos días de 2020. Sus temas principales fueron además de la bonanza económica de fantasía, y el peligro del comunismo (también una fantasía), la bondad y la sabiduría absoluta del Trump íntimo que no vemos en público. La negación fanática de la realidad constituye una esencia clave del trumpismo, y más en general, de una variante del populismo que cada vez más se acerca al fascismo (Finchelstein, 2021: 7).

Si el presidente de una de las potencias más poderosas de todo el mundo utilizó la mentira potencialmente, Nayib Bukele, no se quedaría atrás y lejos de ser un dirigente reconocido por su respeto a la verdad, ha sido señalado como un mentirosos patológico.

Según una investigación de un diario digital con sede en El Salvador, Bukele ha sido un experto en la mentira desde que su carrera política despegó, contado diez grandes mentiras en su haber político que nunca llevó a cabo o que tergiverso para acomodar la realidad a su antojo:

- 1) Mintió al afirmar que atraería inversión por \$1,000,000,000.00 de dólares a Nuevo Cuscatlán (municipio de El Salvador del que fue alcalde durante 2012-2015);
- 2) Aseguró que para él no era relevante ser presidente de El Salvador, meses después anunció que correría por la presidencia;
- 3) Ocultó su religión por motivos y conveniencia política;
- 4) Declaró menos ingresos que los percibidos;
- 5) Aseguró que no se inscribiría en ningún partido político, se inscribió en dos;
- 6) Mintió al afirmar que el mercado Cuscatlán era un proyecto rentable para la alcaldía capitalina;
- 7) Mintió al donar 48 motos que nunca canceló gubernamentalmente;
- 8) No cumplió con su propuesta de entregar fondos al

Hospital Rosales; 9) Mintió al afirmar que no pertenecía al partido GANA (partido político de El Salvador); 10) Mintió sobre un presunto interés de inversión de la aerolínea Lufthansa en El Salvador (El liberal, 2018).

Cuando los populistas farsantes asumen el poder bajo las reglas del juego de la democracia preparan el terreno para desplegar formas de gobierno autoritarias debilitando las instituciones, como lo observan Max Fisher y Amanda Taub columnistas del New York Times “Al principio, puede lucir como una democracia. Sin embargo, cuando se lo analiza hasta su conclusión lógica, puede provocar que la democracia se debilite o incluso se convierta en autoritarismo” (The New York Times, 2017).

Estos populistas farsantes arremeten contra las instituciones democráticas bajo el supuesto de la representación, en su lógica, el pueblo no se encuentra verdaderamente representado, por lo que ellos tienen la misión de personificar las demandas de ese pueblo.

Argumentando esto, los populistas farsantes en realidad buscan cooptar el poder para su máximo beneficio viendo en el pueblo un simple artefacto que sirva para impulsar sus deseos autoritarios y justificar sus atropellos antidemocráticos. La mentira es el mayor cloroformo suministrado a las masas por parte de estos personajes.

A diferencia de los populistas paranoicos que denotan un talante dictatorial y antidemocrático desde el primer momento (es difícil de ocultar por su carácter), los populistas farsantes saben ocultar sus intenciones más oscuras, antes de acceder al poder y en ocasiones hasta establecidos en él.



**TABLA 2.1 CUATRO INDICADORES CLAVE DE UN COMPORTAMIENTO  
AUTORITARIO**

<p>1. Rechazo (o débil aceptación) de las reglas democráticas del juego.</p>	<p>¿Rechazan la Constitución o expresan su voluntad de no acatarla?          ¿Sugieren la necesidad de adoptar medidas antidemocráticas, como cancelar elecciones, incumplir o suspender la Constitución, prohibir determinadas organizaciones o restringir los derechos políticos o civiles básicos?          ¿Pretenden usar (o aprueban el uso de) medidas extra constitucionales para cambiar el Gobierno, como golpes militares, insurrecciones violentas o manifestaciones masivas destinadas a forzar un cambios en el Gobierno?          ¿Intentan socavar la legitimidad de las elecciones, por ejemplo negándose a aceptar unos resultados electorales creíbles?</p>
<p>2. Negación de la legitimidad de los adversarios políticos.</p>	<p>¿Describen a sus rivales como subversivos o contrarios al orden constitucional establecido?          ¿Afirman que sus rivales constituyen una amenaza existencial, ya sea para la seguridad nacional o para el modo de vida imperante?          ¿Describen sin argumentos a sus rivales de otros partidos como delincuentes cuyo supuesto incumplimiento de la ley (o potencial para incumplirla) los descalifica para participar de manera plena en la esfera política?          ¿Sugieren de manera infundada que sus rivales son espías extranjeros que trabajan secretamente en alianza con (o a sueldo de) un Gobierno foráneo, normalmente de un país enemigo?</p>

3. Tolerancia o fomento de la violencia.

¿Tienen lazos con bandas armadas, con fuerzas paramilitares, con milicias, guerrilla u otras organizaciones violentas ilegales?

¿Han patrocinado ellos mismos o sus aliados de partido linchamientos a adversarios?

¿Han apoyado de manera táctica la violencia de sus partidarios negándose a condenarla y penalizarla sin ambigüedades?

¿Han elogiado (o se han negado a condenar) otros actos destacados de violencia política, tanto pasados como acontecidos en otros lugares del mundo?

4. Predisposición a restringir las libertades civiles de la posición, incluidos los medios de comunicación.

¿Han apoyado leyes o políticas que restringen las libertades civiles, como ampliar las leyes por libelo o difamación o aprobar leyes que limitan el derecho de manifestación, la críticas al gobierno o a determinadas organizaciones civiles o políticas?

¿Han amenazado con adoptar medidas legales u otras acciones punitivas contra personas críticas pertenecientes a partidos de la oposición, la sociedad civil o los medios de comunicación?

¿Han elogiado medidas represivas adoptadas por otros Gobiernos, ya sea en el pasado o en otros lugares del mundo?

Fuente: Levitsky y Ziblatt (2018: 33-35).

Adaptando a nuestro análisis el riguroso trabajo de Steve Levitsky y Daniel Ziblatt sobre el auge del autoritarismo en las democracias modernas podemos argumentar que los populistas farsantes presentan los cuatro rasgos de un comportamiento autoritario: 1) Rechaza, ya sea de palabra o mediante acciones,

la reglas democráticas del juego; 2) Niega la legitimidad de sus oponentes, 3) Tolera o alienta la violencia o 4) Indica su voluntad de restringir las libertades civiles de sus opositores, incluidos los medios de comunicación (Levitsky y Ziblatt, 2018: 32). Aunado a esto en la *Tabla 2.1 Cuatro indicadores clave de comportamiento autoritario* se puede observar además como evaluar a este tipo de líderes políticos con tendencias autoritarias que en nuestro caso ayuda a clarificar y establecer un paralelismo del comportamiento de los populistas farsantes. Un examen rápido a estos líderes farsantes nos daría como resultado un 99% de probabilidad en una respuesta “afirmativa” por cada pregunta del segmento.

Los tres tipos de populistas (iluminados, paranoicos y farsantes) pueden poner en peligro a las democracias modernas unos en mayor medida que otros, unos con medios más sutiles, otros desplegando todo su poder para aplastar los cimientos institucionales, el fin es el mismo, perturbar la endeble o firme democracia que exista en un país para implantar regímenes extractivos que estén bajo la dirección de un solo hombre y su camarilla.

Para finalizar, debemos de advertir que estas tres clasificaciones de populistas no se dan como un *tipo ideal* sino que se pueden entremezclar ciertas particularidades de cada populista. Por ejemplo, un populista iluminado puede manifestar rasgos paranoicos, mientras por otro lado, un populista paranoico puede presentar actitudes propias del populista farsante y a la vez un populista farsante puede exhibir una personalidad redentora.

En el siguiente capítulo mostraremos como el populismo ha puesto en jaque a las democracias modernas y por medio de dos estudios de caso: el gobierno de López Obrador en México y la administración de Donald Trump en Estados Unidos, observaremos a detalle el daño que pueden ocasionar un populista iluminado como López Obrador y un populista farsante como Trump a la democracia y sus instituciones.

### III. La democracia en vilo: los casos de López Obrador y Donald Trump

Ahora que sabemos qué es el populismo y qué tipologías de populistas existen o se presentan en las democracias modernas y los peligros que generan; es momento de pasar al análisis de la democracia como forma de gobierno y como puede ponerse en vilo cuando los populistas aparecen. Este capítulo se ha dividido en dos partes: en la primera parte, nos centraremos en los mecanismos institucionales que permiten que populistas como Jair Bolsonaro, Hugo Chávez, López Obrador, Vladimir Putin y Donald Trump asciendan al poder en este tipo de gobierno. En la segunda parte nos valemos de dos casos contemporáneos (los gobiernos de López Obrador y Donald Trump) como referentes empíricos para aclarar los daños que genera el populismo en las democracias modernas no solo para sus instituciones sino también para la arena política, la economía y la sociedad.

Ahora bien, cuando el politólogo estadounidense Francis Fukuyama, declaró a principios de la década de los años noventa del siglo pasado “El fin de la historia”<sup>22</sup> y el advenimiento de la democracia liberal como doctrina universal tras la rotunda caída del bloque soviético y el triunfo de los Estados Unidos en la guerra fría, había sido demasiado optimista al respecto, un artículo de la época decía lo siguiente

¿Estamos ante el fin de la historia desde el punto de vista de la evolución ideológica de la humanidad? Ésta es la conclusión a la que llega el intelectual norteamericano Francis Fukuyama en un polémico ensayo que con el mismo título aparece en la revista trimestral *The National Interest* y cuyo contenido ha provocado un debate sin precedentes en los círculos sociológicos, históricos y políticos de Nueva York a Sidney pasando por Londres (...) Se trata, del “punto final de la evolución ideológica de la humanidad y de la consagración de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano” (...) Para Fukuyama, no es que se haya llegado al fin de las ideologías o que se haya producido “una convergencia

---

<sup>22</sup> Puede entenderse como una declaratoria ideológica.

entre el capitalismo y el comunismo". Sencillamente, lo que ha ocurrido es "una victoria descarada del liberalismo político y económico" sobre cualquier otra teoría política. En otras palabras, con vistas al siglo XXI, el mundo puede estar presenciando en el terreno de las ideas lo que Hegel y Marx calificaban de "fin de la historia". La diferencia estriba en que la teoría vencedora final no ha sido "la utopía comunista", como profetizaba Carlos Marx, sino el liberalismo democrático y capitalista (Mendo, 1989).

Sin embargo, para desgracia del politólogo estadounidense ese fin de la historia solo había sido un simple espejismo momentáneo digno de la euforia por la caída de la hegemonía soviética y su modelo de gobierno autoritario. Si bien, la democracia liberal había triunfado por ser un modelo que ofrecía mayores libertades en todos los aspectos (económico, político y social), no estaría exenta de los peligros antidemocráticos que posterior a la década de los años noventa empezarían a surgir dentro del mismo sistema de competencia democrático abanderando movimientos con tintes autoritarios, xenófobos y antiuniversalistas a los que se denominarían populistas. Resulta bastante paradójico que en la democracia liberal estos populistas hayan germinado eficazmente en materia política buscando desplazar toda concepción democrática para implantar regímenes arbitrarios.

Pero ¿Qué ha permitido (y sigue permitiendo) que el populismo y sus representantes se incorporaran a las democracias modernas ganando elecciones y ocupando los máximos puestos de gobierno para después lanzarse contra ella y trastocar sus instituciones?

Para responder a esta pregunta creemos que es necesario analizar la democracia así como sus mecanismos institucionales para poder construir una respuesta coherente que sea provechosa para nuestro análisis. Empecemos por definir que distingue a una democracia moderna. Según Adam Przeworski, politólogo polaco especializado en teoría económica y democrática "La democracia es un sistema en el que los partidos pierden elecciones. Hay partidos, o sea, división de intereses, valores y opiniones; hay competencia regulada. Y hay periódicamente ganadores y perdedores" (O'Donnell, 2000: 525).

Otra definición elaborada por el politólogo americano Samuel Huntington, nos dice que la democracia es la existencia de patrones políticos tales como elecciones limpias, libertades civiles y políticas así como el derecho a la libertad de reunión, de asociación y de prensa, esto significa que la democracia como un sistema político existe

(...) en la medida en que sus líderes más poderosos son seleccionados a través de elecciones limpias, honestas y periódicas en las que los candidatos compiten libremente por los votos y virtualmente toda la población adulta puede votar (...) también implica la existencia de libertades civiles y políticas de palabra, de prensa, de reunión y de asociación, indispensables para el debate político y para la realización de las campañas electorales (O'Donnell, 2000: 526).

Por su parte, Giuseppe Di Palma, profesor de la Universidad de Berkeley asegura que la democracia “se basa (...) en el sufragio libre y limpio en un contexto de libertades civiles, así como en la existencia de partidos competitivos, en la selección de candidatos alternativos para los cargos y en la presencia de instituciones políticas que regulan y garantizan el papel del gobierno y de la oposición” (O'Donnell, 2000: 526). En el mismo sentido, Larry Diamond (sociólogo estadounidense), Juan Linz (sociólogo español) y Martin Lipset (politólogo americano) han descrito a la democracia como

Un sistema de gobierno que cumple con tres condiciones esenciales: competencia amplia y significativa entre individuos y grupos organizados (en especial los partidos políticos) para ocupar los cargos oficiales de poder efectivo, en forma periódica y con exclusión del uso de la fuerza; un grado “altamente inclusivo” de participación política en la selección de los dirigentes y de las políticas públicas, al menos a través de elecciones limpias periódicas, de las que no es excluido ningún grupo social importante (de personas adultas); y un grado suficiente de libertades civiles y políticas -libertad de expresión, libertad de prensa, libertad para crear organizaciones y para afiliarse a ellas- que asegura la autenticidad de la competencia política y la participación (O'Donnell, 2000: 526).

A su vez, Dietrich Rueschmeyer (Doctor en sociología por la Universidad de Colonia), Evelyn Huber Stephens (profesora de la Universidad de Carolina del Norte) y John Stephens (profesor de la Universidad de Carolina del Norte) argumentan que para hablar de democracia en un régimen de gobierno se deben cumplir al menos tres normas fundamentales “primero, elecciones periódicas, libres y limpias de representantes a través del sufragio universal e igualitario; segundo, la responsabilidad del aparato estatal con respecto al parlamento electo [...] y tercero, las libertades de expresión y de asociación, así como la protección de los derechos individuales contra la acción arbitraria del estado” (O'Donnell, 2000: 526).

Desde una perspectiva similar, Giovanni Sartori, politólogo italiano, indica que la democracia es “un sistema de gobierno mayoritario limitado por los derechos de las minorías (...) con una opinión pública autónoma [y] una estructuración policéntrica de los medios de comunicación y su interacción competitiva” (O'Donnell, 2000: 526).

Como podemos observar, en la democracia moderna un factor clave (sino es que el más importante de todos) son las elecciones periódicas que desembocan en la sana competencia por el poder entre los distintos actores políticos que aceptan la derrota por parte de un grupo y legitiman la victoria de otro grupo. Si esto es inexistente en una forma de gobierno que pretende ser democrática no podemos hablar de democracia. Claramente con la legitimación de un grupo que ha ganado transparentemente el poder a través de los mecanismos electorales o de sufragio, los demás requerimientos vendrán implícitamente como lo son las libertades civiles y políticas, la exigencia en el cumplimiento de un buen gobierno y el derecho de oposición.

Sin embargo, para que la democracia como forma de gobierno alcance un funcionamiento *pro tempore* deben existir instituciones fortalecidas y bien cimentadas que permitan, primero, elecciones periódicas entre los diversos actores políticos organizados; segundo, mecanismos de acceso abierto que posibiliten que cualquier individuo de la sociedad que esté interesado participe en

los asuntos de gobiernos, así como en sus decisiones y en la disputa por los cargos públicos.

Como lo dice Douglass North, economista e historiador estadounidense “Las instituciones son las reglas del juego en una sociedad o, más formalmente, son las limitaciones ideadas por el hombre que dan forma a la interacción humana. Por consiguiente, estructuran incentivos en el intercambio humano, sea político, social o económico” (North, 2014: 9). Este funcionamiento institucional facultara a la democracia como la forma de gobierno más estable en la que la resolución de los problemas se lleve a cabo de manera pacífica. Como deduce Lipset

La legitimidad implica la capacidad de un sistema político para generar y mantener la convicción de que las instituciones políticas existentes son las más convenientes o apropiadas para la sociedad. El nivel de legitimidad de los sistemas políticos democráticos contemporáneos depende, en gran medida, de los medios con que se hayan resuelto los temas clave que han dividido históricamente a esa sociedad (Lipset, 2001: 130).

De este modo, podemos afirmar que las democracias consolidadas permitirán dentro de su régimen de gobierno que todos aquellos actores que quieran competir por el poder lo hagan siempre y cuando respeten las reglas del juego bajo instituciones fuertemente legitimadas que tengan la capacidad para castigar a aquellos competidores que busquen trastocar las reglas del juego democrático y otorgar el poder a quien bajo las reglas del juego democrático lo haya ganado.

En este sentido, las instituciones democráticas ponen limitaciones a los competidores más no los suprimen, otorgan un margen para la participación de todos los grupos que se quieran consolidar como fuerza política, como lo dice North al respecto “Las limitaciones institucionales incluyen aquello que se prohíbe hacer a los individuos y, a veces, las condiciones en que a algunos individuos se les permite hacerse cargo de ciertas actividades. Tal como las definimos aquí constituyen, por consiguiente, el marco en cuyo interior ocurre la interacción humana” (North, 2014: 10).



Ahora bien, con este análisis breve que se ha hecho de la democracia moderna así como de sus instituciones podemos empezar a delinear una respuesta a la pregunta ¿Qué ha permitido (y sigue permitiendo) que el populismo y sus representantes se incorporaran a las democracias modernas ganando elecciones y ocupando los máximos puestos de gobierno para después lanzarse contra ella y trastocar sus instituciones?

Puesto que la democracia es un régimen de gobierno que permite la competencia por el poder de manera pacífica y a su vez cuenta con mecanismos institucionales que posibilitan el acceso a dicha competencia bajo reglas del juego específicamente delimitadas, el populismo ha sabido aprovechar estas características para entrar en escena y presentarse como la opción viable para dirigir los designios de la nación.

Dado que el populismo evoca el “poder popular” en la arena política para su conveniencia es muy sencillo que sus movimientos congreguen a su alrededor un sinnúmero de seguidores a los que se les hace atractivo el discurso polarizador y las pomposas promesas de prosperidad. El poder de la demagogia atrae a la mayoría. Para los populistas el tipo de gobierno añorado es donde la voluntad general sea garante de los designios de la nación, esto no quiere decir que se apunte a una visión positiva de la democracia, por el contrario, mientras la democracia está dispuesta a intervenir en favor de las minorías en nombre del interés general, el populismo gobierna por decreto en pos del “mandato general”. El populismo será democrático siempre y cuando le convenga a sus intereses, mutará en una dictadura cuando el demagogo se aferre al poder. Esta última opción se convertirá en la salida más extrema y riesgosa que empleará un populista.

A sabiendas de su gran arrastre los populistas se acoplan a las reglas del juego democrático buscando la disputa por el poder a través de los mecanismos institucionales: están conscientes que una victoria populista no tiene nada de irregular, por el contrario, sus votantes les han otorgado la legitimidad para imponer sus proyectos políticos. Como lo hace notar Przeworski

(...) no hay nada antidemocrático en la victoria electoral de Donald Trump o en el surgimiento de partidos antisistema en Europa (...) pueden parecernos desagradables –la mayoría de las personas considera que el racismo y la xenofobia lo son–, pero estos partidos hacen campaña bajo el eslogan de devolver al “pueblo” el poder usurpado por las élites, lo cual es visto como un fortalecimiento de la democracia (Przeworski, 2019: 142).

En este sentido, la institucionalidad de una victoria populista es el primer paso para poner en peligro a la democracia: los populistas no han dado un golpe de Estado, no han organizado una revolución, ni siquiera han perturbado el sistema político, han conseguido conquistar el poder por medio de los mecanismos institucionales democráticos que le han entregado legitimidad a sus movimientos como expresión del “sentir del pueblo”. Como lo menciona Joaquín Villalobos acerca del triunfo de Hugo Chávez en Venezuela “(...) su gobierno tenía un origen electoral, nunca fue una revolución de verdad. El chavismo contaba con votantes, seguidores y simpatizantes” (Nexos, 2021: 47). El caso del chavismo no es excluyente, podemos decir que los movimientos populistas tienen votantes, seguidores y simpatizantes que se alimentan del clientelismo a gran escala que permiten tener en órbita al movimiento populista dentro del sistema político sin la necesidad de quebrantarlo.

Si los comicios favorecen a los populistas, el segundo paso será la construcción de una narrativa que se fije como objetivo la erosión del edificio institucional, primero a través de la descalificación de las instituciones<sup>23</sup> que les otorgaron el triunfo, segundo; con un plan de acción más agresivo que suplante por medio de la cooptación la legalidad de las instituciones por los intereses políticos del grupo en el poder. Así lo han hecho saber Levitsky y Ziblatt “Las instituciones se convierten en armas políticas, esgrimiendo enérgicamente por quienes las controlan en contra de quienes no lo hacen. La paradoja trágica de la senda

---

<sup>23</sup> Hay que señalar por otro lado que las instituciones democráticas no son perfectas y que también han generado grandes asimetrías sociales, lo que ha permitido a los populistas lanzar ataques hacia estas con el fin de desaparecerlas o cooptarlas.

electoral hacia el autoritarismo es que los asesinos de la democracia utilizan las propias instituciones de la democracia de manera gradual, sutil e incluso legal para liquidarla” (Levitsky y Ziblatt, 2018: 16).

Cuando la democracia ha empezado a ser subvertida por parte de los populistas, el tercer paso es la transformación del régimen democrático a uno antidemocrático. Para David Runciman, académico inglés de la Universidad de Cambridge, estas señales antidemocráticas se pueden dar de la siguiente manera (Runciman, 2019:47)

El “golpe ejecutivo”, que se da cuando quien está ya en el poder suspende las instituciones democráticas.

El “fraude en jornada electoral”, cuando se amañan unas elecciones para producir un resultado predeterminado.<sup>24</sup>

El “golpe promisorio”, cuando la democracia es tomada por un grupo de personas que, luego, organiza elecciones para legitimar su Gobierno.<sup>25</sup>

La “expansión del Ejecutivo”, cuando quienes están ya en el Gobierno van apropiándose de parcelas de poder de otras instituciones democráticas que, aun así, no llegan a abolir.<sup>26</sup>

La “manipulación electoral estratégica”, cuando las elecciones no son libres ni justas, pero tampoco han sido 'robadas' mediante un pucherazo o un fraude directo.<sup>27</sup>

Los populistas harán todo lo posible desde el “golpe ejecutivo” hasta la “manipulación electoral estratégica” para liquidar la democracia. Modificarán cada

---

<sup>24</sup> En Venezuela Hugo Chávez y Nicolás Maduro han sido acusados de amañar las elecciones.

<sup>25</sup> El 6 de enero de 2021, seguidores de Donald Trump intentaron subvertir la democracia en los Estados Unidos cuando tomaron por la fuerza el capitolio debido a un supuesto fraude electoral.

<sup>26</sup> López Obrador ha sido muy cuestionado al respecto al mostrar intenciones de ir acaparando más poder, al desaparecer instituciones y buscar una centralización del poder.

<sup>27</sup> Bajo el gobierno de Daniel Ortega se ha observado este accionar al encarcelar a los contendientes opositores.

componente democrático para transformar el gobierno de todos en un gobierno de una camarilla que escuetamente mantenga la palabra “democracia” en el imaginario colectivo pero que perversamente actúe bajo una dirección antidemocrática poniendo a la democracia y sus instituciones al servicio del líder quien podrá ejercer acción legal contra sus enemigos a través del poder judicial; respaldar los fraudes electorales de sus allegados que se postulen a puestos políticos mediante la cooptación de las instancias electorales; promulgar arbitrariamente sus proyectos políticos por medio de la injerencia en los congresos; suprimir la libertad de expresión recurriendo a la censura verbal o escrita y sustituyendo los mecanismos legales por las prebendas.

Finalmente cuando el populismo haya liquidado a la democracia no se anunciará como el fin de los tiempos, ni mucho menos retumbarán las trompetas del juicio final. Lo que vendrá en realidad será un régimen de gobierno que a la larga terminará quebrantado en todos los aspectos: político, económico y social. La destrucción será gradual y todo el edificio institucional se irá anquilosando. En lo político el grupo en el poder que llegó con el líder populista no querrá abandonar el poder y se aferrará a toda costa para no perderlo. En lo social, las protestas y el descontento ciudadano germinarán conflictos sociales que terminen en conatos de violencia. Por último, el populismo destruirá la economía llevándola a un periodo de crisis que estará marcado por la inflación y la carencia de productos mientras que el clientelismo ocupará un lugar preponderante en la economía.<sup>28</sup>

Para demostrar el daño que causan los liderazgos populistas en las democracias modernas, a continuación analizaremos los casos de López Obrador en México y Donald Trump en Estados Unidos. Con ello, podremos identificar como los populistas en estos tiempos van integrando planes políticos que buscan cooptar las instituciones, cambiar las reglas del juego para favorecer a sus movimientos políticos e ir debilitando la democracia para su beneficio.

---

<sup>28</sup> Esto también se suele presentar en los gobiernos liberales, sin embargo, la propia política populista erosiona ante su falta de operatividad.

*López Obrador: un populista iluminado que busca dismantelar la democracia*

El triunfo de López Obrador en 2018 marcó un antes y un después en la política mexicana en todos sus aspectos. Ese año alrededor de 30 millones de mexicanos le entregaron el poder a un candidato que se había asumido por años como anti-establishment con un discurso que simpatizaba con la izquierda cargado de simbolismos sociales como la frase célebre “primero los pobres”. Este triunfo era un rompimiento total con el poder hegemónico de ese momento y un nuevo actor en el sistema político mexicano que hasta ese entonces era dominado por dos partidos: el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido Acción Nacional (PAN).

La legitimidad con la que llegaba López Obrador a la presidencia de la república es indiscutible y no quedaba duda de su aplastante victoria sobre los demás candidatos (Tabla 3). A diferencia de las dos ocasiones que se presentó como candidato (2006 y 2012) en las cuales quedó en segundo lugar (Montalvo, 2012), en 2018 López Obrador se podía ostentar como el máximo jefe político de México con un movimiento demasiado fuerte que lo respaldaba en las calles, en las urnas y en los medios digitales.

Con la “cuarta transformación” en ciernes los aires de esperanza comenzaban a surgir para una sociedad que sentía traicionada por la política tradicional. La transición entre el gobierno saliente y el entrante indicaba un rumbo pacífico para la estabilidad política de México. Sin embargo, López Obrador que dependió en gran parte de un discurso polarizador para ganar adeptos a su causa como la narrativa de la “mafia en el poder”, no tardaría en demostrar sus verdaderas intenciones una vez en la silla del poder. Como buen populista comenzó un proceso escalonado de demolición institucional para que su proyecto político no se viera detenido por ningún resorte institucional. Del mismo modo sus seguidores entablaron una defensa férrea del proyecto obradorista.

**TABLA 3 VOTACION PRESIDENCIAL EN 2018**

Candidato	
Andrés Manuel López Obrador	53.2
Ricardo Anaya	22.3
José Antonio Meade	16.4
Jaime Rodríguez	5.2
Votos nulos y registrados	2.9

Fuente: Crespo (2020: 20).

Para Héctor Aguilar Camín, intelectual mexicano, la victoria de López Obrador y la puesta en marcha de su proyecto populista una vez que asumió como presidente de la república tuvo un espíritu revanchista que contempló un solo objetivo: desmontar el antiguo régimen cooptado por la “mafia del poder”

La revuelta mexicana no tiene los tintes racistas, antimigratorios, de la oleada mundial. Tampoco está montada en sentimientos xenófobos, el ascenso de una derecha religiosa intolerante y activa, o de una izquierda delirante, castrochavista. No falta nada de esto en la mezcla, pero no son rasgos dominantes de ella. Los revulsivos de la oleada mexicana son la corrupción, la impunidad y el hartazgo antisistema: el rechazo, por sus resultados, a los gobiernos, a los partidos, a las instituciones y sus frutos (Nexos, 2018).

Este rompimiento que hizo López Obrador con la política tradicional no acató ninguna lógica. El único motivo con el que justificó su demolición contra las

instituciones y la democracia fue el combate a la corrupción: para sanear el aparato carcomido es necesario amputar sus partes gangrenadas, incluso si esas partes cumplen funciones vitales para el gobierno. Este ajuste institucional se logró gracias a la legitimidad política y el hartazgo social, en el imaginario obradorista, el daño que habían causado los sexenios anteriores había sido a través de estas instituciones, las cuales estaban impregnadas por las lógicas neoliberales. No obstante en la realidad el accionar anticorrupción se ha convertido en un artefacto para bloquear a sus enemigos y rivales, haciendo de la vista gorda -como se dice coloquialmente- con sus colaboradores más cercanos (Financial times, 2019). En este sentido el discurso de López Obrador es un total engaño característico del populismo. Dicho en palabras de Agustín Basave “López Obrador es la paradoja encarnada. Entre otras contradicciones personifica la del predicador pendenciero: pasa de la catequización al puñetazo con una enorme facilidad” (Proceso, 2019).

Mientras López Obrador se imbuje en un combate contra la corrupción del cual advierte que nadie se salvara, da su respaldo a viejos apparatchiks del priismo más rancio como Manuel Bartlett que han sido acusados de corrupción en el gobierno transformador. La máxima juarista ejemplifica a la perfección al líder tabasqueño “Para los amigos, justicia y gracia. A los enemigos, justicia a secas”.

Más allá de tener un gobernante que atienda los problemas de México, López Obrador se ha convertido en un demagogo que gobierna desde el pulpito. Como lo dice Soledad Loaeza, es un “Robespierre en el zócalo” pues comparten una similitud en el radicalismo verbal (Nexos, 2019). Una vez que López Obrador ocupa las plazas públicas se hace con el control de sus oyentes, a través de sus discursos ha demostrado que se asemeja como el gran jefe de la tribu: aplausos, proclamas, rituales y la necesidad de su liderazgo para “su pueblo”. A través de la elocuencia trata de legitimar sus malas decisiones. No por algo el diario londinense The Economist comentó en 2020 “México necesita estrategias de estado, pero su presidente ofrece teatro” (The economist, 2020).

En lo que va de los tres años de gobierno de López Obrador hemos sido testigos de cómo todas las mañanas el presidente intensifica la división en la sociedad entre el “pueblo bueno” y los “conservadores malos”. La mañanera pasó de ser un ejercicio de comunicación a una guillotina contra los que piensan diferente: la prensa, los políticos, la sociedad civil, los miembros de su gabinete, los empresarios, los expresidentes, los gobernadores, los escritores e incluso los artistas.

El populismo iluminado de López Obrador es una fusión entre la demagogia incendiaria y la megalomanía mesiánica. Se ve asimismo como un líder excepcional capaz de cambiar con su voluntad el mundo, un sistema político y la vida de millones de personas comparándose con los grandes personajes históricos de México y sus hazañas como Miguel Hidalgo y el movimiento de Independencia (1810); Benito Juárez y la Reforma (1857) y Francisco I. Madero y la Revolución (1910).

Los grandes desastres que ha ocasionado López Obrador en materia política, económica y social han sido numerosos.<sup>29</sup> Sin embargo se han elegido tres hechos que por su magnitud han causado estragos muy fuertes en cada una de estas materias y que el proyecto “transformador” no consideró los daños que causarían estas decisiones implementadas directamente por el “caudillo del pueblo”. Decisiones que se tomaron por mero capricho populista y que su verdadero objetivo no era más que advertir que el nuevo jefe de la política en México solo tenía un nombre y podía suprimir instituciones de gobierno como proyectos empresariales y organizaciones de la sociedad civil.

En *materia política* López Obrador se ha empeñado en atacar sistemáticamente a las instituciones. Bajo la bandera de la “austeridad republicana” la cual radica en “combatir la desigualdad social, la corrupción, la avaricia y el despilfarro de los

---

<sup>29</sup> Por ejemplo, la crisis en hospitales públicos debido al desabasto de medicamentos especialmente para atender padecimientos específicos como VIH o algunas modalidades de cáncer; la crisis de inseguridad que ha ido a la alza desde el año 2018 y a la cual no le ha dado una solución viable dejando que los grupos criminales se apoderen del país.



bienes y recursos nacionales”<sup>30</sup> la administración obradorista ha desaparecido por lo menos 14 instancias de gobierno y les ha cambiado el nombre a 16 instituciones (Magallanes, 2019), suprimiendo también alrededor de 8 subsecretarías (El economista, 2020). Por otro lado, ha amenazado con desaparecer a los organismos autónomos como el Instituto Nacional Electoral (INE) , el Instituto de Transparencia, Acceso a la información y Protección de Datos Personales (INAI), la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), el Banco de México, el Consejo Nacional para la Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), y el Instituto Federal de Telecomunicaciones (IFT), sosteniendo que beneficiaron las privatizaciones y a las empresas para que tuvieran su "propio gobierno" y tomaran las decisiones (Proceso, 2021).

En *materia económica* uno de los grandes golpes que dio López Obrador al iniciar su sexenio fue la cancelación del Nuevo Aeropuerto Internacional de México (NAIM). Dicha cancelación tuvo un costo para el erario de 113 mil 327 millones 700 mil pesos (Munguía, 2021). Al cancelar el proyecto del NAICM, el gobierno de AMLO tuvo que pagar la terminación adelantada de contratos, liquidar los certificados de la Fibra E con todo y el rendimiento esperado de 10%, recomprar un porcentaje de los bonos emitidos y asumir las pérdidas de la inversión ejercida en la construcción. Todo esto tiene un valor de 78 625 millones de pesos, de acuerdo con los datos de la ASF. Adicionalmente falta cubrir o reestructurar 70% de los bonos emitidos por un valor de 4 200 millones de dólares más los intereses que se acumulen hasta que se venza el último paquete de bonos, en 2047 (Van Bedolla, 2021).

En *materia social* el presidente López Obrador y su gobierno han impulsado una política social que consiste en la implementación de programas clientelares con una clara intención electoral. Desde los primeros meses de su gobierno suspendió programas sociales institucionales, algunos considerados como ejemplos a nivel

---

<sup>30</sup> Diario Oficial de la Federación (DOF): 18 de septiembre de 2020. Recuperado de: [https://dof.gob.mx/nota\\_detalle.php?codigo=5600749&fecha=18/09/2020](https://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5600749&fecha=18/09/2020)

mundial, para sustituirlos por la entrega de dinero a los beneficiarios sin ninguna acción corresponsable de parte de éstos. Esta intención clientelista cuenta con una estructura silenciosa que incluye a 32 superdelegados, uno en cada estado, y 266 subdelegados que corresponden a los 300 distritos electorales en los que está dividido el país. Ese esfuerzo, con fondos públicos, se ha propuesto a construir la base social y electoral de Morena. El supuesto es que, si las personas reciben una dádiva a nombre del presidente, éstos en las elecciones votarán por quien éste les diga. Tal como están diseñados los programas sociales del presidente López Obrador no contribuyen a resolver los problemas estructurales de la pobreza<sup>31</sup>. No son de desarrollo sino de asistencia social con propósito electoral. La nueva política social se propone dismantelar las políticas de Estado y sustituirlas por estructuras clientelares que obedecen al proyecto político personal del presidente López Obrador (Aguilar, 2020).

Como podemos observar, López Obrador ha puesto toda su energía en la demolición de los cimientos institucionales, ha cortado de tajo las inversiones a gran escala y ha transformado la política social en un espantajo clientelista que solo obedece a su interés personal. Aunado a la gran polarización que ha generado su discurso y que ha llevado a la generación de un fanatismo que pretende colocar a este líder como una figura que no se puede criticar. Antes de la llegada de López Obrador al poder, México era un andrajo de corrupción y complicidades criminales, con una élite gobernante que practicaba el despilfarro y la cual no atendía a una clase pobre que era mayoría en el país. Con la llegada de López Obrador al poder esa élite se replegó, lamentablemente los problemas del país siguen de pie y el líder de Macuspana está más ocupado por dismantelar el viejo régimen bajo su populismo iluminado.

*Donald Trump: el populista farsante que atentó contra la democracia estadounidense*

---

<sup>31</sup> Esto no quiere decir que los gobiernos del pasado hayan solucionado esta problemática, por el contrario, empeoraron la situación de la cual el discurso de López Obrador se aprovechó.

La llegada de Donald Trump a la presidencia de la república de los Estados Unidos fue un duro estruendo que cimbró el sistema político de ese país. El magnate millonario había ganado las elecciones presidenciales con 306 colegios electorales a su favor frente a los 232 de Hillary Clinton el 4 de noviembre de 2016 (Rodríguez, 2020). Desde ese momento la democracia había sufrido un duro revés, no por el proceso *per se*, si no por lo que un personaje como Trump haría ya en el cargo para demoler los cimientos democráticos e institucionales que lo llevaron al poder.

Pero Trump no llegaría al poder por obra del destino, la marea de seguidores que había levantado este populista tenía un perfil definido que veía con buenos ojos la demagogia del magnate, sus desvaríos y sus mensajes racistas. Según un estudio de la época: El 91% de los seguidores de Donald Trump era blanco. Sus bases de apoyo estaban principalmente en el grupo de hombres blancos, solteros, con bajo nivel educativo y mayoritariamente conservadores. Un 36% decía ser evangélico y un 34% acudía a la iglesia una vez por semana. Otro tercio de sus seguidores en Iowa y New Hampshire, los estados donde en febrero comenzaría el proceso de nominación, carecía de titulación universitaria y entre un 30 y un 40% no estaban casados (Pereda, 2015).

En cuanto a su percepción de la política y los asuntos sociales gran parte de los trumpistas creían que los inmigrantes eran una carga para los Estados Unidos (8 de cada 10, frente a 6 de cada 10 votantes republicanos), poseían más armas, consideraban que la bandera Confederada un símbolo de orgullo sureño, también que los afroamericanos eran los responsables de no “salir adelante” como otros ciudadanos, negaban la contribución del ser humano al cambio climático, creían que todos los ciudadanos tenían las mismas oportunidades en la situación económica actual y consideraban que el gobierno debía promover los valores tradicionales en la sociedad (Pereda, 2015).

**TABLA 3.1 RESULTADOS ELECTORALES DE LAS ELECCIONES DE 2016 EN ESTADOS UNIDOS**

Candidatos	Total de colegios electorales	Número de votos	Porcentaje
			47.7%
Hillary Clinton	232	59, 600, 27	
			47.5%
Donald Trump	306	59, 389, 590	

Fuente: Foreign Affairs Latinoamérica (2016).

Trump no desaprovecho la situación de sus votantes y a lo largo de su mandato no cambio ni un ápice en su manera de gobernar pese a las críticas que se hacían sobre los daños que estaba ocasionado en la sociedad su visión dicotómica de la política contra lo que fuera diferente al “espíritu americano y el “Make America Great Again”. Por el contrario fue más incisivo en los ataques a sus “enemigos” y trató de justificarse frente a la prensa siempre que los agresiones rebasaban lo políticamente correcto. Para Patrick Iber, académico de la Universidad de Wisconsin

Lo siniestro de la estrategia de Trump –sea o no consciente– es que aunque polariza a la sociedad nunca ha tenido una mayoría real, solo una mayoría política que deriva de varios rasgos del sistema electoral estadounidense que van contra las mayorías. El suyo es el populismo de una minoría supuestamente perjudicada –que en realidad está conformada por cristianos blancos conservadores socialmente privilegiados–, gente que de hecho no está desprotegida por ley o convención social. Pero el hecho de que sea un populismo de minoría explica en buena medida su estrategia

de mentir en forma constante (incluso sobre la dimensión y la naturaleza de su victoria) y una dependencia de las cadenas de medios aliadas y de las redes sociales para comunicar esta irrealidad (Nueva sociedad, 2018).

En el mismo sentido Luis Antonio Espino, especialista mexicano en discurso político, la narrativa con la que Donald Trump revistió su mandato tuvo dos clases de seres humanos en el mundo: el pueblo de Estados Unidos y los “otros”. El pueblo de Estados Unidos es muy bueno y generoso. Tanto, que ha sido robado, vejado y abusado sistemáticamente por los “otros”. Esos “otros” son los políticos de Washington D.C., el establishment, los Clinton, los Obama, los Biden. Y también los Bush, los Ryan, los Kasich. Ellos han empujado al país a una espiral de decadencia, pobreza, violencia y desempleo (Letras libres, 2017).

Como podemos observar, al igual que el obradorismo, el trumpismo se encumbró como el movimiento que encarnaría la revancha del pueblo. Sin embargo este espíritu de revancha que enarbolaba el “Make America Great Again” fue un simple espejismo o un sueño que durante la administración del magnate nunca se cumplió, en palabras de Paul Krugman, economista americano

(...) desde que asumió el cargo, no ha dejado de favorecer a los adinerados por encima de las personas de clases bajas, sin importar cuál sea el color de piel de estas. Hasta el único gran éxito legislativo de Trump, un recorte tributario de 2017 fue una gran ayuda para las corporaciones y los dueños de los negocios; el puñado de migajas que les tocó a las familias de a pie fue tan miserable que la mayoría de la gente cree que no obtuvo absolutamente nada (Krugman, 2019).

Lo que si llevó a cabo Donald Trump desde el primer momento que asumió como presidente de los Estados Unidos fue un ataque directo a las instituciones de ese país. Como lo mencionan Steve Levitsky y Daniel Ziblatt, el presidente Trump dio muestras de una hostilidad pasmosa hacia los árbitros, a saber: los organismos encargados de aplicar la ley, las agencias de inteligencia, los organismos de ética y la judicatura.

Al poco de su toma de posesión en el cargo, intentó asegurarse de que los directores de las agencias de inteligencia de Estados Unidos, incluidos el FBI y la CIA, además de la Agencia de Seguridad Nacional, le fueran leales a él en persona, al parecer con la esperanza de utilizarlos como escudo frente a las investigaciones de los vínculos de Rusia con su campaña, pretendiendo sancionar o purgar los organismos que actuaban con independencia (Levitsky y Ziblatt, 2018: 206-207).

Los ataques contra las instituciones fueron en conjunto: reprendió a los jueces que dictaron sentencias en su contra luego de que un magistrado del Noveno Circuito de la Corte de Apelaciones de Estados Unidos paralizara la *travel ban*, el veto migratorio propuesto por su administración. Dos meses más tarde, cuando el mismo tribunal bloqueó de manera temporal la retención de fondos federales de las “ciudades santuario”, la Casa Blanca denunció la sentencia como un ataque al imperio de la ley por parte de un “juez no electo”. El propio Trump en persona respondió amenazando con desmantelar el Noveno Circuito. Pisoteó a la Oficina de Ética Gubernamental (OGE) un organismo protector independiente que, pese a carecer de peso jurídico, había contado con el respeto de los Gobiernos anteriores. Marginó a los actores clave del sistema político y acusó de manera retórica a los medios de comunicación como el New York Times y la CNN de que publicaban noticias falsas y conspiraban contra él (Levitsky y Ziblatt, 2018: 208-209).

No obstante, el momento más álgido del gobierno de Trump fue cuando tuvo que enfrentar la pandemia por Covid-19 que puso contra las cuerdas a este populista farsante. Para Federico Finchelstein, Trump optó por una mezcla de xenofobia, medidas tardías y promesas de curas “milagrosas”. Vinculando, como solución frente a la enfermedad, la construcción de su muro antiinmigrantes y la idea racista de un “virus chino” con la promoción de su voluntad y su seguridad de que todo iba a estar bien. No contento ya con su demonización de los inmigrantes indocumentados, Trump suspendió la inmigración legal en general (Finchelstein, 2021: 5).

Los cuatro años que duró Donald Trump en la presidencia de la república fueron suficientes para ocasionar grandes daños en materia política, económica y social. Sin duda, las decisiones de Trump generaron un sinfín de problemas que enlistarlos llevaría un análisis más extenso, por esta razón, se han elegido tres grandes hechos negativos del gobierno trumpista en cada una de estas materias para exponer lo que hace un gobierno populista a la democracia.

En *materia política* uno de los grandes desastres que ocasiono el gobierno de Donald Trump y que casi lleva a los Estados Unidos a afrontar un conflicto bélico de talla internacional fue la decisión directa del presidente americano de eliminar al general Qasem Soleimani comandante de las Guardias Revolucionarias de Irán. Soleimani era una importante figura militar y política, no sólo en su país sino en toda la región de Medio Oriente donde mantenía estrechos vínculos con grupos paramilitares y milicias chiitas. La muerte del general Soleimani representaba una drástica escalada en el conflicto de bajo nivel que han sostenido durante años Estados Unidos e Irán (BBC, 2020). A pesar de las tenciones que se generaron entre ambos países, el conflicto no escaló más allá de lo pensado.

En *materia económica* el trumpismo se fue en picada cuando no supo contener de manera eficiente la situación pandémica en su país a través de un política económica clara. Para Isabella Cota, especialista en temas económicos, su fallida respuesta a la pandemia del coronavirus se retrató no solo en las más de 400.000 muertes que ha producido en el país norteamericano, sino también por el daño que ocasionó a la economía. Mientras países en Asia recuperaron su producción y consumo durante 2020 a partir de pruebas masivas y medidas de contención del contagio, Estados Unidos negó, reaccionó tarde y está lejos de la fortaleza económica que tenía antes de la crisis.

El país se ha recuperado solo dos tercios de su producto interno bruto (PIB) y el 56% de los empleos perdidos desde que azotó la covid-19, de acuerdo con Bank of America. El banco estima que la recuperación total no se verá hasta el tercer trimestre de 2021 y los datos más recientes apuntan a una segunda caída. El 14 de enero, el Departamento del Trabajo anunció que 1,15 millones de

estadounidenses se declararon desempleados, el número más alto desde julio, cuando la primera ola de contagios llevó a confinamientos estrictos (El país, 2021).

En *materia social* el gran hecho con el que terminó la administración de Trump fue cuando este no aceptó los resultados electorales de noviembre de 2020 en el que buscaba reelegirse como presidente de la nación y ante su derrota acusó de fraude. No conforme con estas declaraciones que ya eran controvertidas alentó a sus seguidores a movilizarse hacia el capitolio para combatir el supuesto fraude. Esto terminó con el penoso asalto al capitolio el 6 de enero de 2021 que dejó como saldo una seguidora del magnate muerta debido a que fue de las primeras que entraron por la fuerza al recinto (Ruiz, 2021).

Ese día numerosos expertos hablaron de que se estaba cocinando un golpe de estado, pero lo que en realidad sucedió fue la expresión más radical de la intolerancia a la democracia que un personaje como Donald Trump había representado durante su gobierno.

En conclusión, la administración de Trump demostró que podía hacer demasiado daño a la democracia y que no tenía ningún reparo en atentar contra las reglas del juego. El trumpismo fue la concreción del resentimiento, la xenofobia, el racismo y la irracionalidad de un grupo de personas que aun en estos tiempos sigue presente en la sociedad. El final de los tiempos no llegó con el triunfo de Donald Trump, se puede estar tranquilo de que la democracia americana resistió el embate de este demagogo que levantó la mentira como su arma predilecta.



## **Conclusión: resistir a las tentaciones demagógicas**

La democracia actualmente está enfrentando uno de sus mayores retos a nivel mundial: resistir el embate de los populismos y sus líderes. Estos populistas que se han levantado con el aval de las masas los que han puesto en jaque a la política del siglo XXI, despertando en las sociedades los sentimientos de odio, rencor, racismo, ira e irracionalidad.

Estos líderes mediante la demagogia se han ido adueñando de las narrativas sociales prometiendo cambios radicales que nunca llegaran. Probablemente son estos populistas los que hacen más daño a la sociedad, pues construyen una imagen de salvadores que juega con las esperanzas de la gente: lo hizo Donald Trump con su discurso sobre hacer a América grande de nuevo y lo hizo López Obrador con sus lemas de la esperanza y una transformación de la vida pública del país.

A diferencia de los “políticos grises” que carecen de carisma para encender las pasiones del pueblo y se centran más en propuestas tecnocráticas que no contemplan las desigualdades de la población, los demagogos, por el contrario abusarán de su carisma, lanzando propuestas irreales que no vislumbrarán ninguna lógica pero tendrán como piedra angular la protección de los más vulnerables y que por ende generaran una atmósfera de polarización que hará del pueblo un guardián enfurecido de su líder contra los enemigos irresolubles. Los casos de Hugo Chávez en Venezuela, Daniel Ortega en Nicaragua, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador nos hablan a la perfección de este aspecto.

Defender al líder por sobre todas las cosas es un indicador clave de que la marea populista ha subido de nivel, un nivel en el que la irracionalidad gobierna las mentes de los seguidores. Por ejemplo, el caso de Kyle Rittenhouse que durante las protestas raciales en Kenosha, Estados Unidos en 2020, asesinó a dos personas con un fusil semiautomático por el simple hecho de ser fanático de Trump y estar en contra de las manifestaciones que se estaban tornando violentas y amenazaban la gobernabilidad de dicho líder (Aristegui noticias, 2021).

Para resistir a la avalancha populista, se tendrá que desenmascarar al demagogo siendo el mayor trabajo que tendrá toda sociedad pues luchará día y noche por mostrar que el supuesto líder o aquel personaje que se presenta como la solución a los problemas de la sociedad, solo busca embaucar al pueblo para sus fines personales.

Los intelectuales podrán aportar con sus análisis al estudio del personaje en cuestión ayudando a desvelar la verdadera personalidad del demagogo. Por otro lado, la sociedad tendrá que adoptar un papel crítico y reflexionar si su voto vale la pena y no es un mero instrumento clientelar para fortalecer al caudillo en ciernes. Los periodistas serán la avanzada de este choque anti-populista pues serán los encargados de sacar a la luz todos los actos inmorales en lo político de aquel que pretende gobernar una nación.

También se tendrán que crear canales de participación política que tengan como fin el término de los monopolios de representación popular, esto es, darle voz a los distintos actores políticos y colectivos que tengan la intención de participar en política, evitando la creación de clientelas por parte de algún líder y la cooptación de la voluntad popular. Lejos de crear líderes megalómanos que se sientan la reencarnación del pueblo, es mejor apostar por una democracia incluyente que plasme en la voz de diferentes actores las demandas de los más vulnerables y desfavorecidos.

Ahora bien, las instituciones electorales son las guardianas de la democracia por ello es importante que se erijan leyes en favor de su fortalecimiento para que ningún demagogo puede desmanteladas tan fácil o en el mejor los casos ni siquiera pueda ejercer alguna acción que las ponga en peligro. Por ejemplo, impulsar reformas para que los árbitros electorales queden blindados ante la injerencia de cualquier órgano externo, brindándole mayor autonomía y delegándole más poderes para que puedan cumplir sus tarea democrática sin presión alguna.

Sin duda es el punto de inflexión de lo que llamamos resistir a las tentaciones populistas, es emprender un ejercicio de memoria colectiva sobre los peligros que

puede generar un demagogo con poder en una democracia moderna: ningún régimen con estas características ha llegado a buen puerto, mutatis mutandis a lo dicho por Danton “El populismo es como saturno, devora sucesivamente a sus hijos”.

Finalmente pensamos que no está mal apostar por una defensa del pueblo, ni de las causas sociales, ni de los programas públicos que atienden a los más desfavorecidos, siempre y cuando sean programas bien delineados y trabajados que no busquen generar clientelas ni dependientes electorales. Lo que el populismo busca no es el bien de la población sino la obtención del poder a través del manejo de los sentimientos de la gente y una vez en el poder dar rienda suelta a su visión retorcida de la realidad. Eso es lo que nos pone en contra de la demagogia y sus peligros.

## Bibliografía

Aguilar, Héctor. 2018. “A las puertas de Amlo” en *Nexos*, México. Recuperado de: <https://www.nexos.com.mx/?p=37769>

Aguilar, Ruben. 2020. “La política social del presidente” en *El economista*, México. Recuperado de: <https://www.economista.com.mx/opinion/La-politica-social-del-presidente-20200705-0061.html>

Aguirre, Arturo. 2014. *Historia mundial de la megalomanía. Desmesuras, desvaríos y fantasías de culto a la personalidad en política*. México: Debate.

Aguirre, Pedro. 2020. “Los 'prodigios' del liderazgo carismático” en *Etcétera*, México. Recuperado de: <https://www.etcetera.com.mx/opinion/prodigios-liderazgo-carismatico/>

América economía. 2012. “Conozca las elecciones ganadas por Hugo Chávez en estos 13 años en el poder” en *América economía*, Latinoamérica. Recuperado de: <https://www.americaeconomia.com/politica-sociedad/politica/conozca-las-elecciones-ganadas-por-hugo-chavez-en-estos-13-anos-en-el-pod>

Aristegui noticias. 2021. “EU: Donald Trump se reúne con seguidor absuelto por matar a dos personas en protesta antirracismo” en *Aristegui noticias*, México. Recuperado de: <https://aristeguinoticias.com/2411/mundo/eu-donald-trump-se-reune-con-seguidor-absuelto-por-matar-a-dos-personas-en-protesta-antirracismo/>

Basave, Agustín. 2019. “López Obrador: de la prédica al puñetazo” en *Proceso*, México. Recuperado de: <https://www.proceso.com.mx/opinion/2019/12/22/lopez-obrador-de-la-predica-al-punetazo-236156.html>

BBC. 2010. “Fidel Castro admitió su responsabilidad en persecución de homosexuales” en *BBC*, Londres. Recuperado de: [https://www.bbc.com/mundo/america\\_latina/2010/08/100831\\_cuba\\_castro\\_homosexuales\\_entrevista\\_pea](https://www.bbc.com/mundo/america_latina/2010/08/100831_cuba_castro_homosexuales_entrevista_pea)

BBC. 2020. "Qasem Soleimani: 3 consecuencias internacionales de la muerte del poderoso general iraní en el ataque de EE.UU." en *BBC*, Londres. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-50982443>

Berkman, Alexander. 2013. *El mito bolchevique. Diario 1920-1922*. Madrid: La Malatesta Editorial.

Bonet, Pilar. 2018. "Putin vence con el 76% de los votos en unas elecciones a su medida" en *El país*, Madrid. Recuperado de: [https://elpais.com/internacional/2018/03/18/actualidad/1521395875\\_776393.html](https://elpais.com/internacional/2018/03/18/actualidad/1521395875_776393.html)

Canetti, Elias. 2018. *Masa y poder*. Madrid: Alianza Editorial.

Córdova, Lorenzo. 2010. *Derecho y poder. Kelsen y Schmitt frente a frente*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE). Libro electrónico.

Cota, Isabella. 2021. "La economía que deja Trump" en *El país*, Madrid. Recuperado de: <https://elpais.com/economia/2021-01-19/la-economia-que-deja-trump.html>

Crespo, José. 2020. *Amlo en la balanza. De la desesperanza a la incertidumbre*. México: Grijalbo.

De Querol, Ricardo. 2015. "Adolf Hitler en 15 ideas perversas" en *El país*, Madrid. Recuperado de: [https://elpais.com/cultura/2015/12/08/babelia/1449596661\\_405473.html](https://elpais.com/cultura/2015/12/08/babelia/1449596661_405473.html)

Delsol, Chantal. 2016. *Populismos. Una defensa de lo indefendible*. Barcelona: Ariel.

Dikötter, Frank. 2019. *How to be a dictator. The cult of personality in the twentieth century*. New York: Bloomsbury publishing. (Kindle).

El economista. 2020. "Éstas son las subsecretarías que desaparecieron por la austeridad de la Cuarta Transformación" en *El economista*, México. Recuperado de: <https://www.eleconomista.com.mx/economia/Estas-son-las-subsecretarias->

que-desaparecieron-por-la-austeridad-de-la-Cuarta-Transformacion-20200831-0070.html

El liberal. 2018. “Las 10 mentiras más grandes de Nayib Bukele” en *El liberal*, San Salvador. Recuperado de: <https://liberalsv.com/las-10-mentiras-mas-grandes-de-bukele/>

El universal. 2021. “Arrestan en Nicaragua a 4 opositores a Ortega” en *El universal*, México. Recuperado de: <https://www.eluniversal.com.mx/mundo/arrestan-en-nicaragua-4-opositores-ortega>

El universal. 2021. “Bukele exalta al Ejército de El Salvador ante los 'enemigos internos y externos' en *El universal*, México. Recuperado de: <https://www.eluniversal.com.mx/mundo/bukele-exalta-al-ejercito-de-el-salvador-ante-los-enemigos-internos-y-externos>

Esparza, Pablo. 2017. “Marine Le Pen, la mujer de ultraderecha que ha sacudido la política de Francia y ahora va por la presidencia” en *BBC*, Londres. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-39571215>

Espino, Luis. 2017. “El discurso del Emperador del Pueblo, Donald Trump” en *Letras libres*, México. Recuperado de: <https://letraslibres.com/politica/el-discurso-del-emperador-del-pueblo-donald-trump/>

Estefanía, Joaquín. 2021. “El socialismo, desde su prehistoria” en *El país*, España. Recuperado de: <https://elpais.com/babelia/2021-07-02/el-socialismo-desde-su-prehistoria.html>

Expansión. 2021. “VOX: el partido español de ultraderecha que causa polémica en México” en *Expansión*, México. Recuperado de: <https://expansion.mx/mundo/2021/09/08/partido-espanol-vox-que-es-ideologia>

Financial times. 2019. “López Obrador accused of double standards in corruption war” en *Financial Times*, Reino Unido. Recuperado de: <https://www.ft.com/content/de42240a-f46c-11e9-b018-3ef8794b17c6>

Finchelstein, Federico. 2018. *Del fascismo al populismo en la historia*. Buenos Aires: Taurus. (Kindle).

Finchelstein, Federico. 2021. *Breve historia de la mentira fascista*. Madrid: Taurus (Kindle).

Fisher, M., Taub, A. 2017. “El ejemplo de Venezuela: cómo el populismo deriva en autoritarismo” en *The New York Times*, New York. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/es/2017/04/04/espanol/el-ejemplo-de-venezuela-como-el-populismo-deriva-en-autoritarismo.html>

Fuentes, Juan. 2017. “De Lenin a Stalin. El triunfo del voluntarismo” en *Letras libres*, México. Recuperado de: <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/lenin-stalin-el-triunfo-del-voluntarismo>

Galarraga, Naiara. 2018. “El ultraderechista Bolsonaro gana las elecciones y será presidente de Brasil” en *El país*, Madrid. Recuperado de: [https://elpais.com/internacional/2018/10/28/america/1540749476\\_160477.html](https://elpais.com/internacional/2018/10/28/america/1540749476_160477.html)

Gascón, Daniel. 2018. “‘Los demagogos tienen seguidores porque los liberales no tienen nada que ofrecer’ Entrevista a John Gray” en *Letras libres*, México. Recuperado de: <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/los-demagogos-tienen-seguidores-porque-los-liberales-no-tienen-nada-que-ofrecer-entrevista-john-gray>

Goñi, Uki. 2016. “El tango de la corrupción: breve historia de la impunidad en Argentina” en *The New York Times*, New York. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/es/2016/06/14/espanol/opinion/el-tango-de-la-corrupcion-un-baile-argentino.html>

Gray, John. 2017. *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*. Madrid: Sexto piso.

Hernández, Irene. 2021. “Antonio Scurati: ‘Mussolini fue el inventor del líder populista’” en *El mundo*, Madrid. Recuperado de:

<https://www.elmundo.es/cultura/literatura/2021/05/05/6092cd5bfc6c83a1328b4653.html>

Iber, Patrick. 2018. "El populismo de minorías de Donald Trump" en *Nueva sociedad*, América Latina. Recuperado de: <https://nuso.org/articulo/el-populismo-de-minorias-de-donald-trump/>

Ilich, Vladimir. 1895. "A los obreros de la fábrica Thornton" en *Marxists.org*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1895/noviembre/07.htm>

Ilich, Vladimir. 1978. "El Estado y la revolución" en Ilich, V., *Obras escogidas*, Tomo II, URSS: Editorial Progreso.

InSight crime. 2021. "Cartel de los Soles" en *InSight crime*, Washington D. C. Recuperado de: <https://es.insightcrime.org/noticias-crimen-organizado-venezuela/cartel-de-los-soles-perfil/>

Juárez, R., Torres, C. 2016. "El inesperado triunfo de Trump" en *Foreign Affairs Latinoamérica*, México. Recuperado de: <https://revistafal.com/el-inesperado-triunfo-de-trump/>

Kinga, Réka. 2021. "Viktor Orbán ataca de nuevo a la libertad de prensa" en *Eurozine*, Viena. Recuperado: <https://www.eurozine.com/viktor-orban-ataca-de-nuevo-a-la-libertad-de-prensa/>

Kolakowski, Leszek. 2008. "Líder carismático, maestro carismático" en *Letras libres*, México. Recuperado de: <https://www.letraslibres.com/mexico/lider-carismatico-maestro-carismatico>

Krauze, Enrique. 2005. "Decálogo del populismo iberoamericano" en *El país*, Madrid. Recuperado de: [https://elpais.com/diario/2005/10/14/opinion/1129240807\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2005/10/14/opinion/1129240807_850215.html)

Krauze, Enrique. 2012. "En torno al populismo" en *Letras libres*, México. Recuperado de: <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/en-torno-al-populismo>



Krauze, Enrique. 2018. *El pueblo soy yo*. México: Debate.

Krugman, Paul. 2019. “¿Por qué Trump no actúa como un populista de verdad?” en *The New York Times*, New York. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/es/2019/06/19/espanol/opinion/trump-populismo.html>

La vanguardia. 2019. “Los últimos días de Lenin” en *La vanguardia*, Madrid. Recuperado de: <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-contemporanea/20180607/47313104683/los-ultimos-dias-de-lenin.html>

Laclau, Ernesto. 2009. “Populismo ¿qué nos dice el nombre?” en Panizza, Francisco (Comp.), *El populismo como espejo de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

Levitsky, S., Ziblatt, D. 2018. *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel.

Lipset, Seymour. 2001. “Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política” en Batlle, Albert (Comp.), *Diez textos de ciencia política*. Barcelona: Ariel.

Loaeza, Soledad. 2019. “¿Robespierre en el Zócalo?” en *Nexos*, México. Recuperado de: <https://soledadloaeza.nexos.com.mx/2019/08/robspierre-en-el-zocalo/>

Loaeza, Soledad. 2020. “El incierto mundo del siglo XXI” en *Nexos*, México, disponible en: <https://www.nexos.com.mx/?p=47072>

López, Emilia. 2020. “Gobierno pide lealtad a ciegas; el pueblo nos eligió: AMLO” en *El financiero*, México. Recuperado de: <https://www.elfinanciero.com.mx/nacional/gobierno-pide-lealtad-a-ciegas-el-pueblo-nos-eligio-amlo/>

Magallanes, Jatziri. 2019. “En gobierno de AMLO han desaparecido 14 instancias públicas” en *MVS Noticias*, México. Recuperado de: <https://mvsnoticias.com/noticias/nacionales/en-gobierno-de-amlo-han-desaparecido-14-instancias-publicas>

Malaparte, Curzio. 2017. *Muss. El gran imbécil*. México. Sexto piso.

Manetto, Francesco. 2021. “El conflicto de López Obrador con el feminismo marca un 8 de marzo de indignación y protesta” en *El país*, Madrid. Recuperado de: <https://elpais.com/mexico/2021-03-08/el-conflicto-de-lopez-obrador-con-el-feminismo-marca-un-8-de-marzo-de-indignacion-y-protesta.html>

Martín, J. y Sánchez, E. 2019. “Boris Johnson logra la mayoría absoluta para culminar el Brexit” en *El mundo*, Madrid. Recuperado de: <https://www.elmundo.es/internacional/2019/12/13/5df3282ffdddfb5758b4572.html>

Melgounov, Sergio. 1927. *El terror rojo en Rusia (1918-1924)*. Tomo I. Madrid: Caro Raggio.

Mendo, Carlos. 1989. “El fin de la historia” en *El país*, Madrid. Recuperado de: [https://elpais.com/diario/1989/08/31/opinion/620517611\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1989/08/31/opinion/620517611_850215.html)

Milenio. 2018. “AMLO ataca a empresarios; los culpa de 'tragedia nacional'” en *Milenio*, México. Recuperado de: <https://www.milenio.com/elecciones-mexico-2018/amlo-ataca-empresarios-culpa-tragedia-nacional>

Miquel, Lluís. 2016. “Erdogan declara la guerra a los intelectuales turcos” en *El mundo*, Madrid. Recuperado de: <https://www.elmundo.es/internacional/2016/01/22/56a279da46163fb46f8b456e.html>

Montalvo, Tania. 2021. “Controversia electoral: diferencia entre 2006 y 2012” en *Expansión*, México. Recuperado de: <https://expansion.mx/nacional/2012/07/04/voto-por-voto>

Mouffe, Chantal. 2016. *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*. Barcelona: Gedisa.

Muggah, Robert. 2020. “Bolsonaro ataca a enemigos reales e imaginarios en la Asamblea General de la ONU” en *Opendemocracy*, Londres. Recuperado de: <https://www.opendemocracy.net/es/brazils-bolsonaro-attacks-enemies-real-and-imagined-un-general-assembly-es/>

Munguía, Aldo. 2021. "Auditoría corrige: cancelación del NAIM fue de 113 mil 327 millones de pesos" en *El financiero*, México. Recuperado de: <https://www.elfinanciero.com.mx/nacional/2021/05/08/auditoria-corrige-cancelacion-del-naim-fue-de-113-mil-327-millones-de-pesos/>

Navarro, María F. 2018. "Cómputo final: AMLO se lleva 30.11 millones de votos, 53.19%" en *Forbes*, México. Recuperado de: <https://www.forbes.com.mx/computo-final-amlo-se-lleva-30-11-millones-de-votos-53-19/>

Norden, Deborah. 2008. "Las relaciones político-militares en la Venezuela de Chávez" en *Nueva sociedad*, América Latina. Recuperado de: <https://nuso.org/articulo/las-relaciones-politico-militares-en-la-venezuela-de-chavez/>

North, Douglass. 2014. *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE). (Kindle).

Núñez, Rogelio. 2006. "Ortega y el continuismo del caudillismo clientelar en Nicaragua" en *Centro para la Apertura y el Desarrollo de America Latina (CADAL)*, Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.cadal.org/publicaciones/articulos/?id=1554>

O'Donnell, Guillermo. 2000. "Teoría democrática y política comparada" en O'Donnell, G., Wolfson, L., *Desarrollo Económico*, Vol. 39, No. 156. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/3455832>

Ontiveros, Eva. 2018. "Daniel Ortega, el revolucionario que liberó Nicaragua y al que acusan de convertirse en el tirano que ayudó a derrocar" en *BBC*, Londres. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-44884154>

Pereda, Cristina. 2015. "¿Cuál es el perfil del votante de Donald Trump?" en *El país*, Madrid. Recuperado de: [https://elpais.com/internacional/2015/12/11/estados\\_unidos/1449861263\\_609012.html](https://elpais.com/internacional/2015/12/11/estados_unidos/1449861263_609012.html)

Proceso. 2021. "AMLO justifica desaparición de órganos autónomos: fueron creados como 'alcahuetes'" en *Proceso*, México. Recuperado de: <https://www.proceso.com.mx/nacional/2021/1/8/amlo-justifica-desaparicion-de-organos-autonomos-fueron-creados-como-alcahuetes-255868.html>

Przeworski, Adam. 2019. *¿Por qué tomarse la molestia de hacer elecciones?: Pequeño manual para entender el funcionamiento de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores. (Kindle).

Quiñonero, Juan. 2019. "Marine Le Pen lanza su campaña con un abierto lema populista" en *ABC*, Madrid. Recuperado de: [https://www.abc.es/internacional/abci-marine-lanza-campana-abierto-lema-populista-201901140244\\_noticia.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.abc.es%2Finternacional%2Fabci-marine-lanza-campana-abierto-lema-populista-201901140244\\_noticia.html](https://www.abc.es/internacional/abci-marine-lanza-campana-abierto-lema-populista-201901140244_noticia.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.abc.es%2Finternacional%2Fabci-marine-lanza-campana-abierto-lema-populista-201901140244_noticia.html)

Rachman, Gideon. 2019. "Liberalism's most brilliant enemy is back in vogue" en *Financial Times*, Londres. Recuperado de: <https://www.ft.com/content/bc9c69fe-14da-11e9-a581-4ff78404524e>

Rodríguez, Diego. 2020. "¿Quién es Donald Trump, el candidato a la reelección en EU?" en *Milenio*, México. Recuperado de: <https://www.milenio.com/internacional/elecciones-usa-2020/donald-trump-biografia-perfil-trayectoria>

Rodríguez, Manuel. 2021. "El siglo de las conspiraciones" en *El país*, Madrid. Recuperado de: <https://elpais.com/babelia/2021-07-10/el-siglo-de-las-conspiraciones.html>

Romero, Jorge. 2019. "La antonomasia del terror" en *Revista de la Universidad de México*, México. Recuperado de: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/20f3abbbf-5805-4012-98b1-d3c29d13dded/la-antonomasia-del-terror>

Ruiz, Manuel. 2021. "Los seguidores de Trump asaltan el Capitolio y Biden alerta: 'Esto no es una protesta, es una insurrección'" en *Público*, Madrid. Recuperado de: <https://www.publico.es/politica/seguidores-trump-asaltan-capitolio-y.html>

Runciman, David. 2019. *Así termina la democracia*. Barcelona: Paidós.

Sahuquillo, Maria. 2020. "La fábrica rusa de las mentiras está operativa y se extiende a nuevos continentes" en *El país*, Madrid. Recuperado de: <https://elpais.com/internacional/2020-12-27/la-fabrica-rusa-de-las-mentiras-esta-operativa-y-se-extiende-a-nuevos-continentes.html>

Salinas, Carlos. 2016. "Daniel Ortega impone un gobierno familiar y un parlamento a su medida" en *El país*, Madrid. Recuperado de: [https://elpais.com/internacional/2016/11/16/america/1479322220\\_898839.html](https://elpais.com/internacional/2016/11/16/america/1479322220_898839.html)

Schelesinger, Alberto. 2014. "¿Qué es el populismo?" en Universidad Sergio Arboleda, Bogotá. Recuperado de: <https://www.usergioarboleda.edu.co/que-es-el-populismo/>

Schmitt, Carl. 2009. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.

Sebreli, José. 2005. "Pueblo con mayúscula" en *Letras libres*, México. Recuperado de: <https://www.letraslibres.com/mexico/pueblo-mayuscula>

Silva Herzog, Jesús. 2010. *La idiotez de lo perfecto. Miradas a la política*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE). (Kindle).

Sparks, Grace. 2018. "¿Cuántos estadounidenses apoyan a Trump?" en *Expansión*, México. Recuperado de: <https://expansion.mx/mundo/2018/09/27/cuantos-estadounidenses-apoyan-a-trump>

The economist. 2020. "Mexico needs statecraft, yet its president offers theatre" en *The Economist*, Reino Unido. Recuperado de: <https://www.economist.com/the-americas/2020/02/27/mexico-needs-statecraft-yet-its-president-offers-theatre>

Thiers, Consuelo. 2020. “La mentira como estrategia política” en *El mostrador*, Santiago. Recuperado de: <https://www.elmostrador.cl/destacado/2020/02/11/la-mentira-como-estrategia-politica/>

Todorov, Tzvetan. 2012. *Los enemigos íntimos de la democracia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Tulbure, Corina. 2018. “La campaña xenófoba de Viktor Orban contra sus enemigos inexistentes” en *Público*, Madrid. Recuperado de: <https://www.publico.es/internacional/elecciones-hungria-campana-xenofoba-viktor-orban-enemigos-inexistentes.html>

Valdivielso, Joaquín. 2016. “El populismo según Ernesto Laclau” en *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, (Núm. 18). Barcelona: Universidad de Barcelona.

Van Bedolla, Ludwig. 2021. “¿Qué ganamos al cancelar el proyecto del NAICM?” en *Nexos*, México. Recuperado de: <https://anticorrupcion.nexos.com.mx/que-ganamos-al-cancelar-el-proyecto-del-naicm/>

Vera, Asier. 2021. “Nayib Bukele logra el control absoluto de los tres poderes de El Salvador tras destituir el Congreso a los magistrados de la Corte Suprema de Justicia” en *El mundo*, Madrid. Recuperado de: <https://www.elmundo.es/internacional/2021/05/02/608efbf9fc6c832f338bf864.html>

Villalobos, Joaquín. 2021. “Soberanía criminal” en *Nexos*, Vol. XLIII, núm. 525. México.

Villatoro, Manuel. 2016. “La sangrienta matanza de almirantes franceses que condenó a Napoleón en Trafalgar” en *ABC*, Madrid. Recuperado de: [https://www.abc.es/historia/abci-sangrienta-matanza-almirantes-franceses-condeno-napoleon-trafalgar-201511260105\\_noticia.html](https://www.abc.es/historia/abci-sangrienta-matanza-almirantes-franceses-condeno-napoleon-trafalgar-201511260105_noticia.html)

Villatoro, Manuel. 2020. “¿Por qué Alemania votó nazi? Las dolorosas mentiras del ascenso de Hitler” en *ABC*, Madrid. Recuperado de: [https://www.abc.es/historia/abci-alemania-voto-nazi-dolorosas-mentiras-ascenso-hitler-202005181429\\_noticia.html](https://www.abc.es/historia/abci-alemania-voto-nazi-dolorosas-mentiras-ascenso-hitler-202005181429_noticia.html)

Vinogradoff, Ludmila. 2011. "Chávez recrimina a la oposición por utilizar a los militares contra él" en *ABC*, Madrid. Recuperado de: [https://www.abc.es/internacional/abci-chavez-oposicion-militares-venezuela-201108120000\\_noticia.html](https://www.abc.es/internacional/abci-chavez-oposicion-militares-venezuela-201108120000_noticia.html)

Weber, Max. 2016. *Sociología del poder*. Madrid: Alianza Editorial.

Werner, Jan. 2017. *¿Qué es el populismo?* México: Grano de sal. (Kindle).

Zizek, Slavoj. 2010. *Robespierre. Virtud y Terror*. Madrid: Akal.